

Daniel Moyano

Trece cuentos

Sobre Daniel Moyano (1930-1992)

Por Silvina Frieria



La vida y la obra del escritor, periodista y músico Daniel Moyano representan una de las paradojas más difíciles de desentrañar a 10 años de su muerte en Madrid: la condición del desarraigo-identidad como un componente constitutivo de su literatura y el olvido o, lo que es peor, la sistemática indiferencia que sufre su producción literaria en el país. El autor de *Libro de navíos y borrascas*, que nació el 6 de octubre de 1930, exactamente un mes después del golpe que derrocó a Hipólito Yrigoyen, comentaba que el primer exilio interior lo vivió a los cuatro años cuando su familia se mudó a las sierras cordobesas (Alta Gracia). De aquellos años, recordaba travesuras infantiles, compartidas nada menos que con Ernesto Guevara, como robar frutas del huerto de un señor español, conocido con el nombre de Manuel de Falla. El segundo, en 1959, lo arrojó hacia La Rioja, donde comenzó su carrera periodística y se desempeñó como profesor en el Conservatorio Provincial de Música y como violinista en el Cuarteto de Cuerdas y Orquesta de Cámara de esa institución. Pero, sin duda, de todos estos “viajes”, el más perturbador fue el que lo expulsó definitivamente de Argentina a España en 1976.

El secuestro (estuvo una semana desaparecido y tuvo que enterrar en una huerta la primera versión de *El vuelo del tigre*, que luego reescribiría y publicaría en Madrid en 1981), las torturas y el simulacro de fusilamiento que padeció marcaron toda su producción literaria posterior. Su madre, nacida en Brasil, era hija de italianos. Su padre, producto de un hibridaje de sangre india y españoles extremeños, nació en Argentina. “Soy un argentino típico porque un argentino es esas mezclas”, afirmaba Moyano. Y para prolongar la demostración de esa autenticidad en su narrativa confesaba: “No puedo hablar ni escribir sobre Abelardo y Eloísa mientras está ardiendo mi casa. Tengo que apagar el incendio antes. No he conocido la estabilidad, yo nací en un incendio permanente”. El desarraigo y la marginación, las zonas deterioradas y miserables, tal vez originadas por ese incendio constante, son dos de los ejes fundamentales de *Una luz muy lejana*. El título alude al viaje iniciático de Ismael y su descubrimiento del rutilante mundo social de la ciudad a la que intenta integrarse. Claro que, frente al extrañamiento del lugar de no pertenencia, Ismael termina por resignarse a observar esa ciudad desde los bordes.

Discípulo de Kafka, Pavese y Rulfo, Moyano aprendió del primero que el tema de una narración profunda es de raíz metafísica y que la única manera de trascender lo anecdótico es dotándolo de una significación alegórica. Como señala Augusto Roa Bastos en el prólogo a *El trino del diablo*, Moyano procede por “excavación y no por acumulación, por la creación de atmósferas, de cierto clima espiritual y mental, más que por el abigarrado tratamiento de la anécdota”. Respecto de los climas opresivos que emanan de sus ficciones, donde el individuo está despo-

jado del poder de decidir su propio destino, el autor los consideraba producto de su época. “No me he evadido de la realidad sino que he tocado fondo en ella”, decía.

Su escritura, que se distanció simultáneamente y con notable prudencia de los temas del relato clásico regionalista y de las complejidades de la vanguardia, se caracterizó por una condena y sobriedad propias de su condición de músico y violinista. “Procuró que mis palabras se sostengan en verdades auditivas o sonoras iguales a las que soporta la música”, precisaba. Moyano, a diferencia de tantos escritores de los años ‘60, no fue hijo de Julio Cortázar (de quien en el exilio sí fue amigo). “Una vez Onetti me decía que Julio había dejado un montón de cortazaritos en Buenos Aires. Pero yo creo que los escritores del interior —entre los que incluyo a mis amigos Haroldo Conti y a Antonio Di Benedetto— seguimos siendo fieles a nuestro estilo, que tiene que ver más con Rulfo, que con Cortázar y Borges”, reflexionó el narrador. En Argentina escribió siete libros de cuentos y tres novelas: *Artistas de variedades* (1960), *El rescate* (1963), *La lombriz* (1964), *El fuego interrumpido* (1967), *El monstruo y otros cuentos* (1967), *Mi música es para esta gente* (1970), *El estuche del cocodrillo* (1974) y las novelas *Una luz muy lejana* (1966), *El oscuro* (1968) y *El trino del diablo* (1974). *El oscuro* ganó el premio del concurso internacional de novela Primera Plana-Sudamericana, con un jurado integrado por García Márquez, Roa Bastos y Marechal.

Moyano erigió un mundo posible porque siempre tenía algo que contar, algo que auscultar y develar. En *El Trino del diablo*, el violinista Triclinio narra su “pasaje” (nuevamente el exilio interior) de La Rioja a una villa miseria de los suburbios de Buenos Aires. En Madrid solía despertarse con melodías que tenían un poder evocador tremendo. Contaba que se levantaba con la melodía del tango “Ladrillo” y surgía la visión estremecedora de Jorge Rafael Videla. En Madrid, Moyano trabajó como obrero en una fábrica de maquetas para subsistir, mientras intentaba retomar la escritura. En 1981, la Editorial Legasa publicó su novela *El vuelo del Tigre* y dos años después *Libro de navíos y borrascas*. Más tarde, en 1985, ganó el prestigioso premio Juan Rulfo con uno de sus relatos, *El halcón verde y la flauta maravillosa*.

“Cuando fui jurado en el premio Casa de las Américas recuerdo que leí tantas descripciones de torturas tal como eran que, a pesar de saber que eran ciertas, terminé por no creerlas. Por eso en *El vuelo*... recurrí al símbolo de los verbos para contar las torturas más aberrantes: imaginé la situación en que a un hombre lo obligan a conjugar verbos que no conoce. No me considero un escritor realista; no describo las cosas tal como suceden. No me gusta fotocopiar la realidad”, explicó a *Página/12* en 1989, después de editar su última novela, *Tres golpes... El Libro de navíos...*, estudiada en Francia como testimonio sobrecogedor sobre el exilio, representa la historia del naufragio de 700 argentinos políticamente incorrectos, embarcados en el puerto de Buenos Aires, rumbo a Europa.

Los últimos textos de Moyano poseen un núcleo: los efectos de la transterritorialidad sobre la estética y los usos lingüísticos. Durante los primeros años del exilio, Moyano señalaba que cada vez que debía nombrar una palabra, no sabía cómo hacerlo. Muchos de sus amigos sostenían que Moyano era de esos tipos que, casi sin buscarlo, se enredaban en sucesos extraordinarios, como por ejemplo, que tuviese que raptar a su novia Irma Capelleti con la ayuda de un taxista miope o el asado argentino que le pidió Gabriel García Márquez y que terminó, según cuenta la leyenda, en un incendio. Y, tal vez la más inverosímil, un burro noctámbulo que

entró a su casa en La Rioja y se comió siete de los mejores cuentos que escribió Moyano (que nunca pudo reconstruir). La muerte lo sorprendió mientras estaba escribiendo una novela, El sudaca en la corte, y un libro de memorias musicales. Aunque sus obras se tradujeron al inglés y al francés, Moyano se sentía un sudaca en el ámbito literario español. Sabía muy bien que de ciertos viajes no hay regreso. El mismo recordaba que Ovidio había demostrado literariamente que el exilio es irreversible. De la óptica del vencido se nutren sus mejores páginas, que revelan el itinerario creativo de una memoria que resiste al tiempo y al olvido.

(Imagen: Daniel Moyano y su hijo)

Trece cuentos de Daniel Moyano



Cantata para los hijos de Gracimiano

El hombre y la mujer despertaron con los huesos fríos, como dos arañas inútiles expuestas al sol. Estaban tendidos en la expresión donde los había dejado el deseo, fatigado en una interminable reiteración mecánica de un impulso iniciado hacía tiempo. Lo único visible del hombre era un largo brazo caído hacia el piso de tierra, y de la mujer un mechón negro de cabellos. El resto era una construcción topográfica de huesos puntiagudos debajo de la frazada, que latía en su fragilidad impulsada por cuatro pulmones. Últimamente cada acto de amor les sabía a duelo, pero lo ocultaban ante el temor de que fuese verdad. Estaban ambos boca arriba, casi juntos. Pensaban.

El problema que tenían era cómo decirles a por lo menos dos de los nueve hijos, los mayores, que ese día los entregarían a otras familias que pudiesen alimentarlos. Para los siete restantes, menores y sin entendimiento, era un simple problema de combinar palabras, que para ellos, más que significados, serían simplemente sonidos.

Los hijos, desparramados en el suelo, tendidos sobre prendas caballares, dormían en desorden al pie del catre de Gracimiano. El viento de la mañana se filtraba por las paredes vegetales. El menor tenía un fin de sonrisa en la cara aceitunosa. Los demás mostraban sus manos sin el temblor cotidiano de los últimos tiempos, finalmente vencido por el sueño, que también era un alimento, pero aturcidas a veces por visiones internas que jugueteaban en las cabecitas desordenadas. De un modo o de otro, salvo quizás el menor, sabían que ese era el día de la separación.

Los hijos de Gracimiano habían roto las cáscaras de los nueve huevos primordiales eludiendo la cifra cien que se le resta a cada mil niños que nacen en esta tierra del cacto, y pasando por el territorio de las vacunas y de la leche en polvo lograron inscribirse valientemente en el censo del último año, para gloria eterna de la patria. En adelante sólo tendrían que afrontar lo que afronta cualquier hombre, contando entre ellos al Gracimiano y a la Gracimiana.

El Gracimiano padre y la Gracimiana madre no les habían dicho nada todavía sobre el destino que pudiera tener cada uno de ellos a partir de ese día en las casas de quienes pudiesen alimentarlos. Tampoco ellos habían hablado sobre eso. Lo pensaban separadamente. O quizás no lo habían pensado todavía, pero el hecho de la separación estaba en el aire, era la consecuencia de los pequeños actos que se sucedían día tras día, aparentemente inconexos entre ellos, destinados a unirse, sin embargo, para formar un desgarramiento, o nueve desgarramientos, como lo estaba intuyendo ella en ese momento:

“Nosotros no lo pensamos nunca. Fue don Pedro cuando dijo al verlos temblar que esto no podía seguir así. En los pueblos de abajo hay todavía familias que pueden alimentarlos. Y usted señora no lo provoque más a su marido. No se acuesten juntos durante un tiempo. Ustedes

mismos están quedando puro hueso. Pronto comenzarán a temblar como ellos”. Pero lo que más les preocupaba, a medias, porque pensaban con mitades de palabras, era la cronología de las separaciones. Primero uno, después el otro, y así hasta nueve. Porque además no era justo dar algunos solamente y condenar a los otros. El bien probable debía repartirse equitativamente, como aquella vez que con un hilo dividió un huevo en nueve partes exactamente iguales. El hombre se había opuesto a la división del huevo. Había que dárselo al menor para que no temblara como los otros. “Lo único que has logrado con esa geometría es dejar con hambre a los nueve”.

Gracimiano eludía las cronologías inevitables y trataba de reducir las nueve separaciones a una sola. “Después de todo, los hijos no son de uno sino de quienes les dan la leche. Iremos en la carreta, ellos bajarán por atrás y entrarán en las casas de quienes sean”. Después él y Gracimiana seguirían hacia adelante, lo único que había que hacer entonces era no mirar para atrás, y sobre todo no decir nada cuando los niños fuesen bajando porque eso sería repetir nueve veces un montón de palabras inútiles, y a uno le quedaba siempre la posibilidad de dar un grito, un solo grito que incluyese a los nueve. En eso oyó más o menos claramente el ruido de las patas del caballo de don Pedro, el encargado de la Sala de Primeros Auxilios, y enseguida el ruido metálico del tarro de leche en polvo que el hombre dejaba caer al suelo sin bajarse del caballo. Esperó unos instantes el ruido del otro tarro, “pero nunca más volverá a repetirse, una sola vez me dejó dos tarros, después fue siempre uno solo”, y con eso debía estar más que agradecido a don Pedro, porque en realidad no le correspondía ningún tarro de esa leche que repartía el Gobierno para niños menores de dos años y madres en situación. Después abrió los ojos y vio que afuera no había ni tarros ni caballos y que los ruidos estaban en su memoria.

El hombre sabía que la mujer tampoco dormía, que estaba pensando mientras esperaba que amaneciese, pero se levantó muy despacio no tanto como para no despertarla sino para que no advirtiera lo que iba a hacer. Al bajar del catre tanteó con un pie la cabeza de Anita (sabía que era ella por lo suave del pelo), y luego, levantando los pies como un gato mientras caminaba entre los niños, alzó con cuidado el tarro de leche que estaba sobre la mesita y sa-lió al campo. Allá vio que quedaba polvo como para hacer medio litro, encendió fuego, sacó agua del cántaro, pre-paró un poco de leche y en cuatro patas volvió hasta el lugar que ocupaba el menor en la cama común y se la dio. “Tómela sin hacer ruido, no vaya a ser que se despierten los otros”. Hecho esto se acostó nuevamente. Quizás amaneciese enseguida.

Conocí a Gracimiano cuando él era soltero. Un buen tipo, fuerte, el mejor hachero del departamento. Sus padres eran de Ilisca, pero él no se acordaba nunca del pueblo. Las cosas comenzaron a andar mal para él cuando se fue a Chepes y se enredó con la Gracimiana. No era una mujer para él: demasiado hermosa. Desde el mismo día que la conoció no pararon de acostarse juntos y de echar hijos al mundo. Ella lo fue secando poco a poco. Por ese tiempo vivían cerca de Ñoqueve y el gobierno acababa de prohibir la tala de los montes. En los obrajes no había trabajo y las cosas se pusieron feas para todos. Yo era comisario entonces en Ñoqueve y me ordenaron detenerlo porque le había robado una cabra a un vecino. Cuando llegué ya se la habían comido y vi cómo los cuatro hijos que tenía entonces se reían junto al horno tratando de reconstruir la cabra con los huesos que habían quedado de ella. Me entregó el cuero y dijo

que podía devolverla con trabajo. Como los dueños, que siempre fueron buenos patrones, aceptaron la propuesta, no fue necesario detenerlo ni remitirlo a la Capital, y Gracimiano, en un par de semanas, no sólo hachó todo lo que había que hachar en el campo de los Pastrana, sino que arregló y dejó como nuevos los techos y las paredes de las viviendas de la peonada. Ahora ha vuelto a Ilisca, dicen, y sigue tumbando árboles, aun-que ya está un poco viejo para eso.

Gracimiana caminó en puntas de pie entre los niños para no despertarlos. Vio que en el tarro había apenas un re-sto de leche y después de vacilar un instante la arrojó al suelo. “No quiero que haya peleas además de tristeza”, hubiera pensado, pero su pensamiento había sido la acción misma. Cuando tiró la leche sintió una larga mirada de Gracimiano, que a poca distancia ataba la mula para el viaje. Estuvo por decirle “no alcanzaba ni para uno solo”, pero advirtió que el hombre comprendía. En los últimos tiempos podían vivir sin palabras.

Como obedeciendo a los pensamientos de Gracimiano, ella le dijo al primer niño que despertó: “vaya subiendo a la carreta”, y ellos iban subiendo a medida que despertaban, y se quedaban allá arriba, mientras Gracimiano ataba todavía algunas correas al animal para sujetarlo a las varas del carro. Algunos volvían a dormirse, apoyándose entre ellos, otros miraban sin asombro un gran sol que subía ya por el cielo como un gigantesco y lejano padre, haciendo dar a cada jarilla, a cada musgo del desierto, su pequeña cuota de sombra, incluso a los cabellos de Anita, que proyectaban una sombra idéntica sobre sus propias mejillas paspadas.

Yo conocí a Gracimiana cuando ella todavía era una niña. Tenía la piel tan suave que se le pasaba con cualquier brisa. Vivía en el campo y vino a Chepes para ir a la escuela, aunque ya era un poco grande para eso. La admití lo mismo y le tomé cariño. Aprendió rápidamente y si no hubiera sido porque era linda, habría pasado desapercibida. No hablaba casi nunca y se movía como una sombra. Los obrajeros y los turcos más ricos de la zona querían casarse con ella. Su desgracia fue Gracimiano. Todavía iba a la escuela cuando lo conoció. Gracimiana envejeció a los treinta años, gastado por él y por los hijos. Después la perdimos de vista, pero quien tuvo la suerte de conocer a Anita, su hija, podía ver otra vez a Gracimiana con las mejillas paspadas por el aire.

El último en subir fue el perro, que calentaba a la vez las piernas del menor, los brazos de José el mayor y una parte de las costillas de la otra mujercita, que dormía todavía. Las frazadas recogidas por Gracimiana cubrían a casi todos los niños y parte del perro. Los que iban despetando se despojaban de su parte de frazada, porque ya el sol calentaba bastante fuerte. Cuando pasaron frente al primer paraje el hombre y la mujer se miraron un instante como para considerar la posibilidad de la primera entrega, aunque quizá no se miraron para eso sino para probarse, porque no hubo ninguna vacilación en las manos de Gracimiano al sostener las riendas; en ningún momento sus músculos se alteraron para transmitirle a la mula una orden de detención. Lo que sí pudo vacilar, en vez de las manos, fue el pensamiento de Gracimiano,

antes de mirar a la mujer. El pensamiento o el deseo de ejecutar lo que había pensado señalaban que allí había un posible lugar para uno de los hijos, pero enseguida la posibilidad desapareció porque el pensamiento ahora claro del hombre, corporizado casi en una media sonrisa, le decía que en vez de pedir ayuda podían darla, podían ofrecerle al habitante de esa casa un lugar en la carreta para que intentase una posibilidad similar a la de ellos en otros lugares. Las riendas siguieron flojas, entregando el destino de la gente al instinto de la mula, que buscaría los únicos parajes posibles en ese costado del desierto.

Y justamente cuando el sol estuvo bien caliente y el sueño desapareció, los niños comenzaron a temblar, más o menos en el mismo orden con que habían subido a la carreta. El primero en temblar fue José. “Usted es grandecito ya y puede aguantar más”, dijo Gracimiana con una voz no apta para decir eso. “Dentro de esta bolsita hay algo para matar eso, pero hay que compartirlo”. Salvo el menor, que aunque despierto permanecía normal, los otros ocho temblaban manos y caras con ritmo de hambre gesticulada. José le pidió que abriera la bolsa, pero ella ensayó bien su voz diciendo que había que tener todavía un poquito de paciencia, acaso dividiendo mentalmente el tiempo del día con las provisiones que tenía. Después observó con pausas a cada uno, y envolviendo al menor en una larga mirada de sospecha, le dijo, con otra voz, a Gracimiano: “Había más leche en el tarro; lo que pasa es que se la diste a él solo”. Había ira en su voz cambiada, como si la voz de ahora estuviese mordida por algo. Gracimiano asintió con uno de sus silencios y ella sacó la manzana de la bolsa y dijo con la voz de un tercer personaje desconocido: “Ahora no tendré un trabajo difícil, no habrá necesidad de dividirla en nueve partes iguales. Cualquiera sabe cortar una manzana en ocho partes”. La rabia, como un viento contenido, le había encendido las mejillas, que parecían paspas. “Usted no come”, recitó después mirando al menor y entregando una octava parte de la manzana a cada uno de los otros.

Para los niños, los sucesivos desgarramientos fueron apenas un poco de sueño interrumpido con un descenso por la parte trasera de la carreta. El primero correspondió a José, con un principio de adultez en sus pantalones todavía cortos y las palabras tranquilas de su padre: “Bueno amigo, usted se queda acá. El compadre Britos se hará cargo de usted hasta que pueda valerse por sus propias manos. Las cosas no fueron tan malas hasta ahora, más o menos pudimos vivir juntos, pero eso ahora ya no es posible y hay que ser hombre y aguantarse todo lo que venga. Déme la mano en señal de que ha comprendido”.

José se quedó parado mirando alejarse la carreta. Ninguno de sus hermanos volvió la cabeza, ni sus padres. El perro estuvo ladrándolo un rato y él oyó ese ladrido hasta que el sonido desapareció, y también la carreta, después que el ladrido, y sintió una gruesa mano de Britos que le acariciaba la cabeza y lo felicitaba porque no lloraba. Más allá, en la carreta, Gracimiana había aprendido a usar bien su voz y decía con seguridad las cosas que había que decir en esos momentos.

Durante el resto del día la mula los guió sabiamente por distintos parajes, y en todos los lugares a que los llevó, salvo en uno, nadie rechazó hacerse cargo de un niño. Anita y su hermana menor pudieron quedarse juntas en la misma casa. “Y cuando sean grandes les buscaremos novios”, se dijo. En la radio que había en esa casa, una gran orquesta llenaba todo el espacio con su música. Millares de instrumentos desconocidos, y otros conocidos o percibidos, despa-

ramaban una música extraña y total en lo que quedaba del día. La música venía a través del aire desde ciudades ricas y distantes, desde una Capital no entrevista pero poderosamente existente, donde habían vivido personajes históricos, el Creador de la Bandera, el Libertador de América y también Carlos Gardel. La música que salía de la radio era extraña y abundante, parecía adaptarse a las circunstancias, era larga y no cesaba. Y no cesaba porque cuando parieron, ya solamente con el menor de los hijos, y el alcance de la radio se perdió, la música siguió todavía resonando en ellos, en Gracimiano y Gracimiana, y eso fue bueno porque sustituyó los pensamientos y todo lo demás.

Cuando lo dejaron en la más segura de las casas que habían visto, el menor había comenzado a temblar, y Gracimiano, al verlo así, se puso a disminuirse y empequeñecerse y tender a desaparecer, pero el dueño de casa, viendo su deliberado empequeñecimiento, le dijo que no tuviera miedo, que el niño se recuperaría en seguida y que dentro de poco se lo podría ver en los corrales domando potros y reventando toros. Y aunque ni Gracimiano ni Gracimiana creyeran esas afirmaciones, no podían pensar lo contrario porque ahora la música oída en la radio los acompañaba.

El perro no quiso quedarse en ninguna parte, por su afición a Gracimiano, y hubo que degollarlo. Se entregó solo al puñal, como si hubiese comprendido la congruencia que había en su brillo. Cuando todo estuvo más o menos muerto, el hombre y la mujer sintieron que el carro iba liviano de equipaje. También la mula, que al no sentir ninguna carga importante inició una carrera enloquecida hacia algún posible final de la geografía, donde la provincia termina en unas salinas que son su horizonte.

Durante la carrera de la mula ellos reconstruyeron sus desgarramientos y lo único que había más allá de ellos era el deseo de que el animal no parase más y los llevase siempre hacia alguna parte. La mula se paró dudando ante un barranco que separaba a esa llanura de otra, más vasta y más blanca, como si fuese toda de sal, dobló el cuello hacia atrás y los miró como preguntando, los vio juntos sentados en una tabla que atravesaba el carro. Gracimiano, que había soltado las riendas hacía mucho, se tomó las rodillas y miró hacia el sur. Gracimiana, apoyando su espalda contra la del hombre, lloraba y miraba hacia el norte. Lo que ella lloraba y pensaba le llegaba a él por los músculos de la espalda y las cavernas de las costillas, en sucesivos zumbidos, en resonancias que le envolvían las vísceras bajas y luego pasaban al corazón llenándolo de un incomprensible dolor.

-Es mejor que se calle; todavía falta saber qué haremos con nosotros. Algo tendremos que hacer, en alguna parte tendremos que parar.

-Yo no quiero parar ni seguir. Que la mula haga lo que quiera.

-A la mula hay que matarla también. No quiero que quede nada de todo esto.

-Sin la mula estaremos perdidos porque no sabremos qué hacer.

-Lo que usted debe hacer -susurró él con la boca, y ella sintió que el zumbido de sus palabras le atravesaba a ella también la espalda, le corría hasta la nuca y desde allí le velaba los ojos por dentro-, lo que usted debe hacer es dejar de llorar.

La mujer separó su espalda de la de él, lo miró de frente, impaciente, y gritó:

-Le diste toda la leche a él; los otros ocho temblaban, pero se la diste a él.

La mula, impaciente ante ese diálogo que interrumpía sus impulsos, cerró los ojos y se arrojó hacia abajo en un salto que pretendía ser el encuentro con alguna realidad que no fuese la de ese momento y de todos los momentos que durante el día precedieron a ese. Uno de los propios hijos de Gracimiano, desde lejos, vio volar a la mula y cerró los ojos para no ver dónde caía. Los músculos del animal mantuvieron al carruaje y su carga en conjunción con la caída, de modo que por ese equilibrio llegaron abajo sin deshacerse, y con pocos vestigios del carro. El hombre y la mujer se miraron un momento, como borrándose mutuamente, y aunque no lo necesitaban parece que quisieron hablar para que cada uno después, en el tiempo, usase esas palabras como mejor le pareciese. Pero no pudieron y entonces ella le preguntó con un gesto qué podían hacer.

Gracimiano acercó la mula hacia ellos, ató las correas sueltas desprendidas de la carreta y tomó la mano de Gracimiana para ayudarla a montar el animal.

-Usted se va para allá, yo para ese otro lado -le dijo.

Ella asintió cubriéndose las mejillas ante el viento de la noche vecina.

La mula inició un trote rápido hacia el sur y se perdió en la sombra creciente, tanto que Gracimiano, si se hubiera dado vuelta para mirarla, no habría podido. Metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar despacio, hacia el norte, hacia Ilicca, donde sin duda quedaban muchos árboles para tumbar.

Y desde los primeros pasos no pudo pensar ni sentir nada, porque la cabeza se le llenó de música, de la misma música de la radio de la casa donde había dejado a sus hijas. Extraños instrumentos expresaban cada frase musical y adormecían sus sentidos, incluido el que pudo recordarle la voz nunca aprendida de Gracimiana.

Y del destino ulterior de sus hijos lo salvaba el tiempo porque José el mayor fue destruido por una bala policial en una ciudad populosa adonde lo había llevado la interrogación y la desesperación de la violencia. Otros quedaron ciegos en el norte, sin poder vencer un hambre primordial. La hermana menor de Anita se salvó de la prostitución gracias a un viajante de comercio, pero no pudo hacer nada para rescatar a su hermana de un burdel del oeste, donde terminó sus días y sus noches con las mejillas insensibles.

De los demás hijos nada se sabe, pero de cualquier modo sus historias no hubieran tenido importancia para Gracimiano, que cayó antes que ellos, como uno de sus árboles, pero con dos remordimientos: no poder recordar la voz de Gracimiana y no haber compartido con todos los hijos la última leche que quedaba en el tarro el día de la separación.



Civilización y barbarie

Sarmiento, escritor y político argentino del siglo XIX, queriendo salvar a su país de un destino hispanoamericano que preveía fatal, decidió poblar esas pampas desoladas llenándolas de alemanes y austríacos industriales, franceses cartesianos e ingleses de sangre azul, desterrando de paso todo resabio árabe o hispano, elementos étnicos que él vinculaba con la barbarie. El hecho de que consiguiera exactamente lo contrario de lo que se proponía no se debe a su falta de capacidad o previsión sino a un grupo de españoles aguerridos y a la indudable congruencia de la Historia, que para entonces -ahora mismo- no podía concebir una réplica de Europa allá en el desolado Cono Sur.

En sus tranquilas siestas provincianas veía, en sueños, puentes de Londres en cualquier río que bajase de la cordillera, teatros vieneses en cualquier guitarra, arcos de triunfo en todas las esquinas, y hasta unos indios trilingües vestidos a la inglesa que recitaban de corrido, gracias a la educación obligatoria, tanto la Ode to a Nightingale como Bateau Ivre o las estridencias germánicas de Walter von der Vogelweide.

Cuando lo eligieron presidente de la república, la idea de instalar una Europa en el Río de la Plata pasó de la potencia al acto. Entonces fletó un barco, que íntimamente veía como el May Flower sudamericano, viajó a esa Europa que en sueños lo visitaba desde niño, y llenó su arca de parejas de alemanes, suecos, holandeses y algún inglés de añadidura.

Felicitísimo partió de regreso una madrugada clara, con esa preciosa carga que coincidía en todo con sus sueños. El capitán del barco, un marino argentino de origen prusiano, mientras pilotaba como el capitán pirata de Espronceda, disipaba ciertos temores del presidente diciéndole que pasarían muy lejos de las costas españolas, y también de las árabes, ya que las provisiones estaban perfectamente calculadas para un viaje largo y no sería necesario hacer escala en ningún puerto.

Pero, como sucede casi siempre en los relatos de navegación a vela, llegan los vientos caprichosos (verdaderos agentes del Destino), y la nao, perdida, navegando a palo seco y a ratos de bolina, arriba adonde puede, y esta vez es a Cádiz, en cuya bahía el capitán prusiano se ve obligado a pedir abrigo y pernoctar. Mientras lo hace (Sarmiento duerme), un grupo de andaluces famélicos, con mujeres e hijos, asociados para la aventura americana con unos italianos acaso más indigentes que ellos, y entre los que no faltan judíos, claro, miran codiciosos el barco del ilustre estadista.

Actuando como agentes de la Historia, que rechaza por principio la idea de una Europa sudamericana, esa noche, en un operativo comando, se dirigen hacia el barco aprovechando la falta de luna y el tranquilo ruido de las olas en la caleta. En el camino aparecen unos moros que les ofrecen cien dinares si les permiten sumarse a la aventura. Los demás aceptan.

Sarmiento entre sueños desde su camarote presidencial oye ruidos de cuerpos que caen al agua, y en estrictos términos borgeanos considera sueño la realidad de aquellos desdichados europeos nórdicos que adormecidos descienden a dormir al fondo de la bahía, mientras be-

duinos del desierto, andaluces de Jaén e italianos de la camorra ocupan sus puestos en el barco.

Cuando llega al puerto de Buenos Aires los polizones suben a cubierta y oteando hacia las pampas ven que indias e indios de toda índole los esperan ansiosos para iniciar diversas cruzas y aventuras étnicas / eróticas. Y abandonando alegremente el barco se echan en sus brazos.

El consternado capitán despierta al presidente y le muestra lo sucedido. Sarmiento contempla el desastre y soporta valientemente los gestos burlescos que desde las pampas le hacen los indios que se han apropiado de alemanes y judíos; luego, cuando ve que los indios más bárbaros toman posesión de las nórdicas más "buenas" -con el alegre consentimiento de ellas-, no puede más, se desespera, se le caen los pelos y queda calvo para siempre, y para expresar su descontento lo único que se le ocurre es fruncir el ceño y sacar el labio inferior hacia afuera, en un gesto que se le congela como las imágenes cinematográficas, con el que aparece en los cuadernos infantiles y en el frío del bronce de todas sus estatuas.

(30 de septiembre de 1989)



El estuche del cocodrilo

Hablemos ya de la naturaleza del cocodrilo, animal qu se pasa cuatro meses sin comer en el rigor del invierno, que pone sus huevos en tierra y saca de ellos su cría y que, siendo cuadrúpedo, es anfibio sin embargo.

Heródoto, Euterpe LXVIII

Creo que se habló demasiado sobre este asunto del cocodrilo que tenemos en casa. Tanto, que todo lo dicho, a pesar de su volumen no agrega nada a un hecho cuya máxima trascendencia es el hecho mismo. Y todo por desconocer la naturaleza íntima de los cocodrilos, vale decir la naturaleza de una parte bastante drástica de la realidad.

La mala fama que teníamos en la ciudad se justificaba ahora por haber descubierto todo el mundo la presencia del cocodrilo en nuestra casa. Mi tía Pina, que se empeña en ignorar la existencia del animalito oponiéndole una calma fingida tuvo una intersección con la rabia cuando vio la foto del cocodrilo en la primera plana del diario. La rabia le alteró, quizás para siempre, alguno de los rasgos de virginidad, que ostenta cuando camina a saltitos, habla por omisión o ignora al cocodrilo. Es una vergüenza, dijo aferrada a su pañuelo, aunque le habíamos explicado que el problema no estaba en tener un cocodrilo sino en que la gente pensaba que eso no era normal.

La fama no nos viene solamente de reclamar durante años a las autoridades sobre los ruidos molestos (¿qué ruidos, si todos los ruidos son normales? Nos dicen siempre), sino de nuestra permanente resistencia a las visitas y por la misma razón a los amigos. No tenemos amigos porque cuando hubo que elegir entre ellos o él, por respeto al abuelo elegimos el cocodrilo. Así que además de sospechosos somos egoístas, y nos reprochan no integrarnos a ninguno de los clubes, grupos o subgrupos que existen en la ciudad. Todos saben que es muy difícil entrar a nuestra casa y que cuando alguien toca el timbre es cuidadosamente observado desde adentro por una mirilla que tenemos en la puerta principal.

El único que tenía la entrada libre era don Misail, viejo militante del conservadorismo, excelente persona, jubilado, con un astigmatismo de -6 dioptrías gracias al cual siempre consideró que el cocodrilo era de aserrín. Cuando comenzó a usar anteojos (Y justamente ese día al cocodrilo se le ocurrió acercarse al conservador y olfatearlo), observó el fenómeno y explicó que acababa de advertir, asombrado, que no se trataba de un cocodrilo disecado, si-no de un juguete de material plástico. Menos mal, porque el descubrimiento de la verdad hubiera sido terrible para él.

Nuestro cocodrilo es brasileño, de cerca del lugar en donde está ahora Brasilia. Mi abuelo, el contrabajista, que salió de Génova para Buenos Aires, se equivocó de puerto y bajó en Río de Janeiro. Y de allí, sin quererlo, fue a parar a la selva por equivocaciones burocráticas. Pero se adaptó. Le gustaba pescar sentado a orillas del Amazonas, fumando una pipa. Un día puso la pipa y el yesquero sobre un tronco verdoso, a saber, un cocodrilo. Cuando el animal abrió la boca para bostezar, el abuelo, abandonado momentáneamente la distracción, pudo advertir, por el hocico oblongo y la lengua pegada a la mandíbula de abajo, que se trataba de un coco-

drilo. Lo llevó a la casa y lo domesticó. Cuando vino a la Argentina lo trajo disimuladamente en el estuche del contrabajo, donde todavía duerme por las noche y, a veces, las siestas.

Nos criamos familiarizados como el coco, turnándonos en las largas siestas de esta ciudad subtropical, donde no hay ríos, para echarle un balde de agua de vez en cuando y enfriarle un poco las escamas. Él formaba parte de nuestra vida cotidiana. El abuelo, sentado bajo la parra, lo único que suele decir, cuando no dormita, es que no nos olvidemos de mojar al coco. Papá todas las noches antes de acostarse se fija para asegurarse de que esté dentro del estuche. Le dedica el domingo íntegro, lo lava con jabón, le lustra la cola, lo hace jugar con un pescado de material plástico. Mamá lo ignora, pero no lo elude como la tía Pina. A veces, cuando se lo lleva por delante, hace gestos de impaciencia, los mismos gesto que hace cuando el abuelo se pone a insultar a este país en su dialecto. El abuelo, cuando lo ve demasiado quieto, le hace cariños con la punta del bastón, le habla en portugués y se lamenta de que haya perdido su color original y de las membranas natatorias de las patas. Papá consiguió toda las historias que se han escrito sobre estos animales, incluida una de Dostoievski. Recibe cartas con recortes de diarios y revistas, a veces escritos en lenguas extrañas pero con algún dibujito de cocodrilos. Así ha hecho una gruesa carpeta, especie de currículum del coco. El abuelo dice que son todas mentiras porque según él la verdadera historia del cocodrilo es el cocodrilo mismo.

Cuando supo por los diarios que el cocodrilo era de verdad, don Misail no volvió a nuestra casa, y perdimos el único amigo que nos quedaba. Tía Pina resolvió no salir más a la puerta de calle y permanecer soltera (como si no lo hubiera estado siempre) durante el resto de sus días en el fondo de la casa. En la sección de cartas al director del diario local salen todos los días opiniones de los habitantes de la ciudad sobre el caso de coco. La mayoría de la gente nos ataca, y los pocos que nos defienden lo hacen en un sentido poético que nos descoloca. Papá ni siquiera las lee y no quiere que las comentemos. Yo las recorto y las guardo en la carpeta del currículum de Coco.

La denuncia fue hecha por un vecino (uno de los más eficientes protagonistas de los ruidos molestos) después de muchos acechos y consideraciones. Parece que una noche que nos olvidamos de entrar al cocodrilo y lo dejamos en el patio (la verdad es que hacía mucho calor, esa noche me tocaba a mí entrarlo, pero me dio lástima y lo dejé para que tomara fresco), el vecino puso un aparato en la tapia y grabó los ronquidos del coco, y levó la grabación a la Municipalidad, donde dijeron que se trataba de los ronquidos de un monstruo. Después vino la policía y tuvimos que aceptar la tenencia del animal. Entraron a sospechar cosas, buscaron nuestros prontuarios, hurgaron nuestra biblioteca (compuesta únicamente por libros sobre cocodrilos) y finalmente se llevaron al coco, que fue sometido a un estudio completo por una junta de veterinarios. Cuando comprobaron que se trataba de un cocodrilo y no de ninguna otra cosa, nos lo devolvieron, pero mucho más flaco y menos anfibio que nunca.

Casi todos los vecinos vinieron a solidarizarse con nosotros y ofrecen ayuda, pero mientras hablaban amablemente no dejaban de mirar con repugnancia el increíble aspecto de reptil que tiene el coco. La tía lloraba encerrada en la pieza del fondo. El comisario, que al fin y al cabo es un viejo amigo del abuelo, nos visitó cuando terminó la investigación y nos dijo que agradeceríamos su intermediación, “sino a estas horas el bicho estaría convertido en cartuchera y botas para la tropa”. Después dijo: “lo que nos hizo dudar también fue que el bicho no llorara en

ningún momento. ¿De dónde saldrá eso de las lágrimas del cocodrilo?” Ese es otro error de la gente, que ignora que los cocodrilos no lloran nunca, explicó papá.

Siguiendo los consejos de la policía y de los vecinos, ahora nos hemos hecho socios de varios clubes y recibimos todas las visitas. La normalidad que en el fondo siempre deseó mamá parece que ha llegado por fin, porque la tía Pina salió ayer a la calle, con un vestido floreado.

Un médico que fue diputado hace algunos años y que de vez en cuando escribe en el diario local, dijo en una de las cartas al director que todo este asunto había significado para nosotros la Extracción de la Piedra de la Locura.

En general, dicen que nos hemos liberado. Para no contradecir, ponemos cara de libres, sobre todo cuando salimos a la calle o cuando nos visitan. Pero a decir verdad, nos sentimos condenados, violados, vacíos.

El único que no tiene problemas es el cocodrilo, que sigue la rutina iniciada hace tiempo, mirando las luces con sus ojitos más bien tristes y, por su condición de ejemplar desmesurado, siempre con la cola fuera del estuche.



El perro y el tiempo

-Yo no pudo alimentar también a ese perro –dijo si tío después de mirar a Gregorio y al perro, sentados al borde de la galería. Gregorio no contestó y siguió acariciándole la cabeza. Era largo, negro, de nariz partida y orejas caídas. Cuando lo azuzaban o se interesaba por algo levantaba sólo la mitad de la oreja, la parte donde los cartílagos eran más duro, y este rasgo era lo que más le gustaba al niño.

Hubiera esperado una discusión, un examen previo, algo que le permitiera exponer sus razones para tener al perro, pero su tío parecía haber calculado de antemano esa posibilidad, y por tanto su resolución, tan rápida, era simplemente algo que había que recordar, y tener en cuenta, sin posibilidad de modificaciones.

Además sus palabras formaban parte de algunas de las leyes que regían la economía de la familia, compuesta por varios hijos propios y Gregorio.

Hacía dos días que lo tenía, y había logrado ocultarlo uno. Las palabras del tío no admitían otra interpretación, pero sabían que su tío luego olvidaría el asunto. Y eso parecía demostrar que la desobediencia era una posibilidad. Las palabras había sido duras y quebraron todos sus presentimientos acerca de la posesión del animal, que había comenzado a cambiar tan dulcemente el ritmo de su vida. Eran ricos los choclos comidos por la noche, , y después era hermoso acariciar al perro hasta dormirse mirando a través de la ventana el cielo estrellado y el aire serenísimo, como si a través de esa tranquilidad cayese silenciosamente la escarcha que al día siguiente aparecía en los baldes, en la tina, en los charcos de la calle. Y ahora esas dos cosas debía modificarse, separarse, a causa a causa del tío, porque su tío significaba choclos, la posibilidad de comerlos al calor naciente de la cama, y el perro, y el calor y la presencia del perro, que debía ir todo unido a aquella sensación, habían sido negados por su tío con esas palabras tan rápidas y decididas. Y lo peor de todo era que él consideraba justa esa decisión. Podía recordar palabras suyas, dichas muchas veces cuando discutían con la tía sobre el sueldo, la luz, el alquiler, el carbón: “son muchas bocas y yo no puedo más, esto me está volviendo loco; y todavía uno más”. Sabía que su tío trabajaba todo el día y que el sueldo no alcanzaba, pero hasta allí solamente llegaba el entendimiento. Su tía, que solía llorar a solas, velaba para que aquello que él no alcanzaba a entender pudiese ser explicado de algún modo: racionaba estrictamente los alimentos, había decidido que nadie comiese fuera de las horas establecidas, vigilaba para que el carbón no se consumiera inútilmente. Y puede decirse que él entendía a medias al ver a su tía por las noches, cuando el tío se acostaba echar agua con la pava sobre las brasas.

Cuatro cuerdas hacia el sur, donde el pueblo terminaba, vendían choclos a buen precio en un ranchito que en el verano apenas se distinguía a causa del maizal. Cuando su tía lo descubrió fue un día de gran alegría para todos. Ella y los chicos fueron a comprar. El llevaba la bolsa y después entre todos ayudaron a juntar. Le gustó el ruido de los choclos al ser arrancados de las plantas y el jugo dulce que caía de los extremos. Su tía conversó un rato con la vieja que se los vendió. Una mujer más vieja que parecía dormir junto a una pared, cerca del brasero de lata, le dio un mate a su tía y ella lo tomó con alegría. Hablaron de varias cosas, pagaron y salieron

con la bolsa llena. Los chicos saltaban sobre la tierra removida y su tía no los retó ni les dijo nada. Estaba cayendo el Sol y había sido realmente un día hermoso. “Los comeremos asados”, dijo su tía cuando llegaron a la casa, invadida por un silencio que era oscuridad a la vez y olor a polvo en los rincones. Ellos trajeron leña del fondo y su tía encendió el fuego. Pelaron los choclos y después los oyeron crepitar sobre las brasas. La tía los repartía a medida que se asaban. Una mitad para cada uno, para que puedan ir comiendo de dos en dos. Todos tenían urgencias, pero algunos prefirieron esperar los últimos, que por decisión de la tía serían los más grandes. “El que espera come lo mejor”, estableció. Unos exigieron ser los primeros; otros aceptaron la espera.

El comer choclos por la noche se convirtió en una costumbre. Cada uno recibía el suyo y se iba a la cama. De tal manera, pues, hubiera sido muy lindo llevarse el choclo casi humeante a la cama, y acostarse junto al perro, que dormía con dos niños más en una cama grande que había sido de los tíos, pero sucedía que cuando Gregorio recurría en su memoria al calor del perro, ya no había choclos y había aparecido la escarcha. De modo que la disociación de estos dos elementos gratos en su memoria no se debía solamente a las palabras de su tío sino a los misterios del tiempo.

Todo aquello había sucedido hace hacía mucho tiempo, y ahora el perro, llamado Flecha por decisión unánime, lograba permanecer, nadie sabe cómo, pese a que su tío dijera algunas veces, discutiendo con su tía: “yo no puedo más, estoy viejo ya, no puedo pasarme la vida alimentando chicos”..

Una de las vicisitudes duras para Gregorio fue cuando su tío ordenó que llevaran el perro al circo, donde compraban animales viejos e inútiles para alimentar a las fieras. Gregorio había llorado y su tía le dijo, después de alguna vacilación, que podía desobedecer y quedarse otra vez con el perro, siempre que lo escondiese en el cuarto vacío del fondo durante el poco tiempo que el tío permanecía en la casa. Aquella vez, mientras comían, Flecha salió del cuarto por una abertura en la puerta donde faltaba un vidrio. Si tío lo vio y no dijo nada, aunque lo creyese ya en el circo. El perro alzó las patas y las apoyó en la mesa, frente al tío, y siguió atentamente los movimientos de las manos de éste llevando los alimentos a la boca. Pero el tío no dijo nada, ni entonces ni después, mientras el perro movía la cola, pero con la cara como vuelta hacia un costado, como si lo mirase con el rabillo del ojo. Después llevó un bocado de pan a la boca y siguió mitrando el plato. Acabada la comida su tío se levantó y dijo: “Hagan lo que quieran; yo ya no puedo decir nada. La tía inició la sonrisa general que la frase produjo. Las manos de los chicos buscaron restos de comida para darle, pero la tía dijo entonces: “Un momento; le vamos a dar lo que corresponda”. Alzó de la mesa dos o tres cáscaras de zapallo, que Flecha comió con avidez. En eso pasó el tío, que envejecía y caminaba como arrastrándose, y dijo sin mirar a nadie pero dirigiéndose sin duda a Gregorio: “Pero vos le vas a dar de comer, en adelante, de la parte tuya”. Él no respondió porque estaba sintiendo que ahora Flecha era una propiedad suya, de la que no podrían despojarlo jamás.

Aquel año los choclos subieron de precio y su tía tuvo que excluirlos. Pero hacia el invierno la posesión de Flecha significó disponer de algo que uno quería y que estaba fuera de las limitaciones impuestas por los cálculos y demás cosas incomprensibles. El perro, estirado, era en verdad más largo que Gregorio. Uno de los chicos que dormía con Gregorio fue obligado a

dormir hacia los pies de la cama. Gregorio y el otro compartían la cabecera con el perro en el medio. Pero algunas veces Flecha amanecía acurrucado en la parte de los pies, y en esos casos el beneficiado con su calor, según lo que habían convenido, tenía que alimentar al perro durante todo ese día con parte de su ración.

Con el perro y la idea de los choclos la existencia era casi perfecta. Pero de eso también hacía mucho tiempo y las cosas habían cambiado.

Flecha había engordado y formaba parte de la familia. Y hacia entonces sucedió lo peor. A él no le gustó la idea, pero había partido de su tío y, lógicamente, nadie podía cambiar sus propósitos. Fue un domingo, el tío llegó al mediodía, y nadie hasta entonces se había dado cuenta de que había salido por la mañana muy temprano. Traía una jaula grande. Dentro de ella había cinco gallinas. Todos se alegraron y rieron como aquella vez que trajeron la bolsa de choclos. Su tío abrió la jaula, y después de mostrársela todos a hurtadillas, y dejó que las gallinas saltaran y corrieran libremente por el patio. “Cierren la puerta de calle”, gritó su tía, y después le dijo al tío que no debió dejarlas correr libremente sin antes cortarles las alas. Nadie se acordó del perro, salvo Gregorio, y emplearon la siesta en construir, en el fondo, un gallinero. Su tío mismo dirigió las tareas. Cuando terminaron su tía se puso a cebar mate y en un momento dado alguien preguntó “¿y Flecha?” Gregorio sintió la mirada de su tío, que en ese momento estaba con el mate en la mano, por chupar la bombilla; pero dejó de hacerlo para mirarlo. “No le hará nada a las gallinas”, dijo él, y su tía le dijo entonces que si le hacía algo ella no vacilaría en elegir entre el perro y las gallinas. Después olvidaron a Flecha, y su tía dijo que dentro de poco las gallinas pondrían, y entonces podrían comer huevos antes de acostarse, y que los huevos irían en sustitución de los choclos. Pero a Gregorio no le pareció una idea muy agradable, porque el perro, desde ahora, se desmerecía ante todos.

Y después pudo contar con tristeza que él también lo había visto. Lo vio cuando llevaba el huevo en la boca. Una lástima que su tía alcanzara a verlo también y gritara de esa manera. Flecha soltó el huevo, que se rompió. La fisonomía de su tía cambió totalmente y también sus palabras y su manera de decir las cosas. “Es un perro huevero; yo sabía que era un perro huevero”. Su tío no dijo nada, pero su mirada fue una confirmación de lo que opinaba la tía. Debían de hacerse del perro. Gregorio también compendió que aquello era una cosa ineludible y que toda resistencia era inútil esta vez. Todo se hizo rápidamente. Él no supo nunca en qué momento su tía se puso en contacto con un viejo que tenía muchos perros y que vivía más allá del rancho de la vieja de los choclos. A la hora prevista y desconocida por él, el viejo llamó a la puerta. Venía solo. Su rostro era venerable. Los ojos limpiísimos. Él mismo tuvo que ayudar para tomar al perro y atarle una cuerda al cuello. El viejo, que miraba desde la puerta de calle no pronunció ni una sola palabra, ni antes ni después. Los chicos miraban en silencio. Su tío no estaba. Cuando le dio el último abrazo, hacía rato que estaba llorando, pero parecía que lo advertía ahora. Después él y varios de sus primos se pararon en medio de la calle. El viejo tiraba de la cuerda y el perro marchaba resistiéndose. De vez en cuando se daba vuelta y levantaba la mitad de las orejas, hasta donde los cartílagos eran duros. Al rato se veía que volvía la cabeza, pero las orejas ya no se distinguían. El viejo no se dio vuelta en ningún momento. Cuando dobló, allá lejos, sólo quedaba uno de sus primos junto a él; los otros habían entrado. Cuando él también entró, vio que estaban recortando figuritas de un diario viejo, con una tijera, en la galería.

Hacia el invierno Gregorio estuvo enfermo varios días, y una noche la tía le llevó a la cama un huevo pasado por agua y se lo dio en cucharitas. Él sintió entonces que el perro pertenecía al orden de las cosas incomprensibles.

Después volvieron el Sol fuerte y los días claros, y Flecha era apenas una cosa en la memoria. Y pasó mucho tiempo y esa cosa en la memoria persistía, porque estaba unida a muchas otras, indisolubles. Y sobre todo ese día, que había vuelto a ver al viejo. El hermano de su tío, que había venido en un camioncito desde el pueblo vecino y que reía estrepitosamente ante cualquier cosa que le contasen, les dijo de pronto que subiesen a dar una vuelta por allí. Gregorio se sentó en una de las barandas de la carrocera, y a medida que el vehículo andaba por el campo re-seco sentía el aire en las mejillas. “Derecho por acá y después doblamos en la curva del camino”, le había dicho al hermano de su tío. Estaba seguro de que nadie pensaba en el perro, que por ese camino vivía el viejo que se lo había llevado. Pero uno de sus primos, en cucullas, le dijo de pronto que a lo mejor podían ver a Flecha. “Cierto”, dijo él, como si no hubiera estado pensando en eso. Habían recorrido un buen trecho después de la curva, y pasado por el rancho de la vieja de los choclos, y estaban lejos, en lugares en donde jamás habían llegado. El hermano de su tío sacó la cabeza por la ventanilla y el viento le levantó el ala de su sombrero. Le habló a él, pero no pudo entender nada porque el viento era fuerte. Sabía que le preguntaba adónde quedaba el lugar que le había dicho.

Y anduvieron como media hora, y el lugar que él suponía no apareció. El camioncito paró y el hermano de su tío sacó otra vez la cabeza. “Nunca vi ninguna casa por aquí; más allá no hay nada”, dijo.

Después volvieron y él intentó explicarse el hecho. En un momento creyó que este misterio pertenecía al orden del tiempo, esa cosa improbable y lejana. Sin embargo, desde que su tío dijo que no podía alimentar también a ese perro, hasta que el hermano sacó la cabeza por la ventanilla, para explicar algo inaudible, a causa del viento, apenas había habido algunas modificaciones en las hojas de los árboles, en los pajonales circundantes. Por fuera el mundo había avanzado muy poco. A él, en cambio, le parecía haber retrocedido.

La inexistencia súbita de la casa del viejo no tenía explicaciones. Quedaba la posibilidad de imaginar las cosas, y sólo dos le parecieron congruentes: o el viejo, en alguna parte, había protegido al perro, junto con los otros, o todos habían ido a parar al circo.

Flecha entró entonces en el orden de las cosas que no comprendía, y allí permanecería, con otros tantos misterios, por lo menos hasta que él creciese. Pero crecer, lo sabía, pertenecía al tiempo. Y el tiempo siempre había sido para él una cosa improbable y lejana.



El poder, la gloria, etc.

Últimamente en esta ciudad casi todos los habitantes son policías; y un gran número de casas no identificadas, juzgados. Además es difícil identificar a los policías porque debido a la pobreza del país (son pocos los que trabajan y muchos los que mandan) y a la gran cantidad de servidores del orden, no hay dinero que alcance para comprar tantos uniformes y entonces visten de cualquier manera.

Aunque cada día vivimos con más miedo, esto de la falta de uniformes viene a ser como un consuelo y una ayuda para poder ir tirando, al menos para mí, porque siempre tuve miedo a los hombres de uniforme, al verlos como uno de los tantos ritos de la muerte.

Cuando yo era chico me enseñaron que el vigilante de la esquina era un hombre bueno que lo cuidaba a uno de los ladrones o de los gitanos. Tenían simplemente un palo y a veces un revólver para matar a algún león enloquecido escapado de los circos que visitaban la ciudad. Ahora es como si los propios leones hubiesen sustituido a los guardianes.

Además, aunque estuviesen allí para espantar leones y ladrones, quedaba la posibilidad de que uno, por accidente o por uno de esos errores fatales, se sintiese león o ladrón y sin poder dominar los actos se pusiese frente a la boca de los revólveres. Se dieron muchos casos de policías que, soplando el humo de sus revólveres y viendo que la víctima ya no se movía, decían: pobre tipo, ¿por qué se habrá sentido león si no era león?

Para vencer ese miedo, leí atentamente el código de faltas y aprendí que no haciendo ninguna de las cosas que allí se prohibían no tenía nada que temer, salvo la detención por identificación, de la que nadie se salva. Pero desde hace unos años se publican nuevos códigos a cada rato, se corrigen o anulan los anteriores, de pronto se ponen nuevamente en vigencia códigos anulados y su lectura resulta cada vez más difícil. Incluso conseguirlos es un privilegio. Los códigos corren paralelos con la tecnología, con las nuevas armas que llegan, y son muy abstractos y complejos, no tanto por lo que dicen, sino porque el miedo se ha multiplicado. El miedo contagia a los propios policías, que ven delincuentes por todas partes y ya llevan sus armas de fuego gatilladas, los cuchillos con manchas de sangre y las picanas eléctricas con un poco de carne que tiembla.

Para no confundirse y matarse entre ellos, los policías no uniformados llevan distintivos apenas visibles. Por eso la gente ha dejado de usar insignias de clubes, botones más o menos grandes, botas y cualquier otro adornito fuera de lo común. Hay muchos que cumplen doble función, como el carnicero de la esquina, que los otros días me susurró al oído diciéndome que no me convenía protestar por la carestía porque lo habían nombrado policía y mi actitud lo comprometía ante el jefe. Su distintivo era simplemente un matamoscas que colgaba en una de las paredes del negocio. “¿Y por qué no compra también este trozo?”, dijo con su nueva cara de policía, y acepté aunque la compra arruinase mi presupuesto. Enseguida me llevó a la trastienda y me dijo que la falta de uniforme tenía por lo menos dos ventajas: a, mezclarse libremente con la gente, y b, salvarse de la violencia que contra los uniformes ejercitan a veces los deseperados o suicidas.

Todo eso me lo dijo el carnicero por la mañana, y yo entendí que con esas confidencias confirmaba la amistad o casi amistad que había entre nosotros, o la supervivencia de la cordialidad entre cliente y comerciante, o la condición de vecinos simplemente. Pensé que su nombramiento no alteraba estas cosas. Pero esa tarde se encargó él mismo de demostrarme lo contrario a la salida de la iglesia.

Un grupo de vecinos católicos había ido a la iglesia a pedirle al Obispo que dijese una misa para rogar por el no encarecimiento de la vida y para que mucha gente no pasase hambre, todo lo cual fue prolijamente expuesto ante el Señor de las Alturas. Yo asistí también pensando que no habría represión en razón de que nadie pedía nada a las autoridades sino a Dios mismo, y el último código de faltas no decía que eso fuese un delito. Pero parece que lo habían modificado a último momento: un cuerpo militar fuertemente armado, denominado Escuadrón de Seguridad Socio-Teológica, irrumpió en el templo en mitad de la misa.

Todo el mundo sabe lo que pasó allí. Los soldados celebraron una misa paralela, bebieron el vino litúrgico, pusieron insignias al Cristo Yacente nombrándolo jefe del operativo y, mediante el apoyo de policías trepados en las imágenes y en las cúpulas -desde donde arrojaban gases invisibles que nos enceguecieron momentáneamente- nos sacaron a la calle y nos metieron en vehículos cerrados y nauseabundos.

Antes de subir al vehículo vi al carnicero, que me reconoció y dándome en la ingle con la punta de una trincheta y tres golpes en las vértebras cervicales con el mango de un serrucho me gritó al oído: “¿Y quién te ha dicho a vos, hijo de perra, que hay pobres y que tienen hambre?”.

Durante los días que estuve en la comisaría acepté todo como algo normal. El solo hecho de estar encerrado allá demostraba que estábamos equivocados antes de entrar. El silencio, el aislamiento, el encierro, nos proyectaban a otro plano desde el cual nuestras conciencias parecían gritos sin sentido. Era como descubrir la pubertad.

Cuando me soltaron y encontré todos mis libros quemados en el patio de la casa, no digo que me alegré, pero lo consideré normal. Después de todo, no tenía mucho sentido guardar los textos de la escuela secundaria. Uno podía acordarse más o menos de los griegos y los fenicios sin necesidad de tener que recurrir a los viejos textos. Después de todo, de lo único que hablaban era de guerras. Y nosotros no estábamos en guerra con nadie.

Mi primer impulso fue ir a la carnicería a comunicarle a aquel hombre mis nuevos sentimientos, pero me detuvo el temor que ahora me producía. No sé si la reflexión o la perplejidad, o las dos juntas, me hicieron comprender que ese temor debía ser transformado en cariño para que todo anduviese bien. Pensé en su cara, en su chaira de afilar cuchillos, en la tensión de sus ojos cuando me dijo hijo de perra, y vi que todo eso no tenía nada de terrible si uno procuraba aceptarlo porque era la única realidad que poseía.

Con ese nuevo sentimiento, aunque temiendo no poder expresarlo bien cuando estuviera ante él, fui a la carnicería. Me atendió como siempre, pesó la carne y cobró el importe. “¿Le importa que le dé el cambio en mercaderías?”, dijo normalmente. Estuve por decirle que lo retuviera, y no ya por temor, pero no atiné a nada y lo único concreto era que yo sonreía sin parar. El mismo me salvó de esa sonrisa que quizás hubiera podido perderme, cuando me llevó a la tras-

tienda y me dijo de buen modo, la cara apenas severa: “Fue gracias a mí que solamente le quemaron la biblioteca; de lo contrario, la pena hubiera sido mucho más grave, aun teniendo en cuenta que usted no hizo nada por salvarse”.

Enseguida vinieron vecinos de la cuadra a saludarme y a felicitarme por la libertad que acababa de obtener. Los dejé hablar, no dije nada porque muchos de ellos tenían insignias o sombreros no comunes, botones casi dorados, zapatos con dos hebillas, dientes postizos, anillos en el dedo índice y otros detalles sospechosos. Pese a esto fueron amables y coincidieron en que yo tenía que dejar de ir a misas donde se protestara (era la primera vez que lo hacía, pero se referían a eso como si yo hubiese asistido toda mi vida a esas misas) y limitarme a la vida rutinaria y ordenada tal como la había concebido el último ministro de economía antes de que ese ministerio fuese suprimido por orden superior. Me felicitaron por estar vivo y entero y no haber sido violado.

Me sorprendió que entre ellos no estuviese Martín. Aunque pensándolo bien, si todos los vecinos que me visitaron eran policías, Martín, que no era vecino y además era un gran amigo, no vino seguramente para que no lo confundiera con un policía. Después de muchos pensamientos tan tortuosos como éste llegué a la conclusión de que el hecho de que Martín no hubiera venido a visitarme significaba que los demás eran policías y que por lo menos me quedaba un amigo todavía. Así que lleno de alegría ante esa perspectiva y con el corazón saturado de un sincero amor, quizás más sincero que el que se me impuso hacia el carnicero, fui a ver a Martín. No advertí en su indumentaria nada que me hiciera sospechar; pero habían pintado la casa, especialmente la fachada, y me entró la duda de que su casa fuese un juzgado. Él estuvo amable como siempre y lamentó mi encierro momentáneo. Su mujer, en cambio, habló todo el tiempo en voz baja, cosa extraña en ella, y tuve miedo. Pero como después de la prisión el miedo y el cariño se me mezclaron (el caso del carnicero), vi que las dudas ya no eran necesarias. De paso visité a Jorge, que se comportó lo mismo que Martín: no tenía insignias visibles y, mejorando el panorama, su mujer no ostentaba alteraciones perceptibles (al menos). Lo único que me hizo dudar fue una frase de él: “Espero que la experiencia de esta privación momentánea de la libertad sea aprovechada de la mejor manera posible”. La afirmación era ambigua, pero Jorge solía ser ambiguo, y esto me tranquilizó. Le pregunté si haría pintar la casa y aseguró que de ninguna manera: le gustaba su color actual y la conservación de la pintura era excelente.

En casa me encontré con mi mujer, a quien suponía en casa de mis suegros a partir de mi detención, pero que en realidad había sido detenida media hora después que yo y sometida a larguísima interrogatorios sobre mi personalidad. Me dijo que en todo momento los policías habían estado correctos y que no tuviera miedos infundados porque no había sido vejada. Le preguntaron todo sobre su marido y en general pude advertir, acerca del efecto que le había producido el hecho, que su reacción era similar a la mía y que sentía un principio de amor por sus carceleros. Pasamos el resto del día conversando sobre el tema, coincidiendo en el creciente sentimiento de cariño hacia los policías sin llegar al extremo de querer volvernos policías, especialmente por la razón de que, como no tenemos hijos y vivimos en casa propia, no padecemos angustias económicas alarmantes.

Reconstruyendo los días anteriores a nuestra detención recordamos que habíamos visto a distintas horas, apoyado en cualquier cosa a pocos metros de nuestra casa, a un individuo con todas las apariencias de un civil, es decir, no un civil mismo. La primera vez que lo vi yo (no sé cómo lo habrá visto mi mujer), me pareció anormal. Y no dije nada a mi mujer porque advertí que mis deducciones no partían del aspecto del hombre, sino de que yo no lo miraba bien, precisamente porque tenía miedo de mirarlo. Entonces me pareció normal, de modo que no comuniqué mis sospechas a mi mujer. La cuarta o quinta vez que lo vi volví más los ojos hacia él (en realidad bajándolos y percibiendo sólo su periferia), persistí en mi apreciación de que era normal. Al mes y medio de tenerlo ya casi a las puertas de la casa (y al parecer sin propósitos de allanamiento) reuní valor para saludarlo. No respondió. Al día siguiente (había pasado la noche parado y apoyado contra la puerta de mi casa) le pregunté si deseaba algo, y me dijo que no con un solo gesto que no me atreví a percibir cabalmente. Después (y todo esto sin consultar con mi mujer, porque no quería alarmarla ni hablarle del individuo aunque ella también lo veía a diario y quizás padecía las mismas dudas) le pregunté directamente si era policía, guardando para más adelante una pregunta siguiente en el sentido de indagar por qué estaba allí, en mi casa. El hombre pensó un instante mirando en su ropa hacia abajo como buscando un signo propicio, y me dijo airadamente: “¿Adónde estaba usted cuando salió la ordenanza?”. Después se encerró otra vez en los pliegues de su ropa. Pero parece que mi pregunta logró algún resultado porque al día siguiente desapareció. Mi mujer sostiene todavía que esa pregunta fue el origen de todo lo demás.

La evocación de los sucesos preliminares nos alteró bastante, pero la alegría del reencuentro fue poniendo otra vez las cosas en su lugar. Cuando recuperamos la facultad de razonar normalmente nos preguntamos cómo podía haber tantos policías en una ciudad tan pequeña y sobre todo tan pobre, independientemente de la simpatía que uno pueda sentir por ellos. Ella aceptó que no estaban puestos para espantar leones o gitanos, sino que eran los propios leones quienes espantaban a la gente necesitada de comida. Y como justamente los que día a día van convirtiéndose en seres necesitados de comida recurren al acto de convertirse en policías para poder comer mejor, llegará un momento en que todos seremos policías. ¿Y contra quién actuaremos entonces?, reflexionábamos.

Debo añadir, en honor a la verdad, que durante los días que estuve detenido e incomunicado no sufrí vejaciones ni torturas. En realidad, mi detención duró un solo día, es decir, un día para cada uno de los actos ejecutados en las distintas secciones de la prisión:

Sección anatómica

(donde me pintaron los dedos de las manos y de los pies; donde me hicieron análisis de sangre, orina, materia fecal, además de un par de electroencefalografías, etc.)

Cultura física

(me instruyeron en la resistencia a los gases inhibitorios, resistencia testicular a la electricidad, resistencia óptica a los destellos, resistencia ósea a la tracción cefálica, momento de máxima saturación, etc.).

Material

(resistencia al cuchillo, a la trincheta, a la gubia, al sacabocados, al tridente, a las lúnulas, a las llaves de fuerza baco, de varilla, de cadena, de pico de loro, estriadas, inglesa, etc.; resistencia a la metralleta, el obús, el revólver, el matagatos, el arco y la flecha; al misil, al carbón de piedra, al fuego fatuo, etc.; resistencia al gas lacrimógeno, al gas estoico, al gas butano; al neutralizador, esterilizador, afrodisíaco; al gas del olvido, del recuerdo, del temor; al gas atisbante, memorizante, sibilino; resistencia a los microbios, a los virus, a la herencia, a la razón, al amor, al vigor, a las palabras de Martín, etc.).

Adoctrinamiento

(uso correcto del devanador de circunvoluciones, del servo paralizante, de las tijeras elementales, del bisturí silencioso, de la anestesia permanente, del eliminador de argumentos, del transformador de verdad en mentira, del viceversa, del abre latas, del abre conciencias, del abre sexos; de los perros ideológicos, de los perros sensibilizantes, de los perros paralizantes, de los perros hierofantes, de los perros post mortem, del perro anticristo, etc.; del modificador de ideas sensibilizantes, sociologizantes, humanizantes, cooperativizantes, etc.; del paralizador si-multáneo de ideas latentes, congruentes, inocentes, consecuentes, divergentes, referentes, refrescantes, movilizantes, esperanzantes, etc.) y

Psicología

(donde me detectaron y clasificaron los siguientes complejos: de igualdad, de fraternidad, de evolución, de regresión, de comunión, de comunicación; de justicia, de sentido común, de hambre; de paraísos perdidos, de presente, de futuro; de paraísos futuros, presentes o perdidos, etc. Los psicólogos policiales me hicieron tomar pastillas contra: los deseos, entre ellos los de salir, entrar, comprender, justificar, analizar, pensar, cooperar, disimular, volver, usucapir, y en general todos los terminados en ar, er o ir. Propósito de enmienda y evitar las ocasiones próximas de pecado amén).

De las secciones restantes no puedo hablar por razones que tuve que comprender, etc. En cuanto a mi situación actual, me encuentro aparentemente en un callejón sin salida. Digo aparentemente porque he visto que en el resto del mundo a mi alcance las cosas son más o menos parecidas, o sea que el callejón es tan grande que parece en realidad una salida, la única. Este callejón es el sustituto de las costumbres de los hombres. Parece que no hubiera libertad posible, porque cualquier libertad nos pone en el camino de la fragilidad. Y aunque lo digo sin con-

vicción, es necesario decirlo, aunque todavía nos queden amigos como Martín y como Jorge. Pero todos son tan ambiguos e inseguros como yo. Todos tienen detalles sospechosos en la ropa. Por eso hoy, después de visitarlos otra vez, resolví quedarme solo para lo que venga. Las opiniones que ellos me dieron sobre mis temores pueden sintetizarse así: que tus actitudes futuras sean para bien y no para mal; la caída puede ser salvación; palabra y piedra suelta no tienen vuelta; más vale prisión en mano que libertad volando; hacete amigo del juez; el pecado mayor del hombre es haber nacido; después de todo, nadie puede ir más allá de su propia sociedad; coraje, escapemos; lo importante es seguir viviendo, etc.

Esos son los pensamientos fundamentales que debo retener como integrante de la mayoría silenciosa. Imposible huir. Imposible salir de aquí. Se dice que en todas partes es lo mismo y que el mundo está lleno de hombres uni-formados. Ellos tienen la razón, la verdad, el camino, la vida, el poder, la gloria, etc.



Hombre junto al muelle

Mar bastante gris, la mañana fría apenas amaneciendo, del hombre solo en el muelle se veían apenas las manos sosteniendo la caña de pescar y apenas bocetado su perfil como borrado por aires marinos. También apenas unos metros de hilo y el resto sumergido en un aire brumoso, imposible divisar la boya en el oleaje donde la mirada ausente del hombre de perfil quizás estuviese alzada hacia un improbable más allá buscando un horizonte de peces.

Hombre, muelle y mar, todos solos, se habrían fijado así para siempre si el viento no hubiera movido de vez en cuando los extremos de su abrigo. El hombre quieto no parecía tener siquiera pensamientos por dentro, tallado en su propia carne junto al mar intallable. Reposaba en su postura como un resto que el otro oleaje de la ciudad hubiese depositado junto al mar, inutilizado ya por las oficinas y los ascensores, los relojes y los recuerdos.

La ciudad le había dejado intacta una parte apta de su pensamiento, orientado hacia un solo camino que terminaba en la boya. Si pican, podré sentir el hilo tenso y comenzar a girar el carrete. Me gustan los peces pesados, me gusta sentir un peso del otro lado del hilo antes que el sol se levante y lleguen los turistas.

Otro hombre apareció por un extremo del muelle. Lindo mar, pensaba, acá uno se siente realmente libre. Me gusta el mar, alguien con quien conversar y sentir el frío del alba en las orejas.

El hombre de perfil atisbó al otro, que se había parado a su lado, justo cuando parecía que había picado algo. Si me quedo quieto sin mover un dedo, quizás no me hable, no me pregunte nada, no me recuerde nada. En todo caso puedo fingir que soy mudo y hacerle algunas señas, levantar el dedo pulgar para indicarle una primera imposibilidad grande de hablar, y luego con el índice apoyado en la palma de la otra mano decirle algo incomprensible que lo desaliente.

Curioso, no quiere hablar, mira como si estuviese odiando el mar, tan hermoso, y si le digo lindo día será ridículo, si le pregunto si pican me odiará. Soy del norte, le digo, de una provincia montañosa, nunca había visto el mar, me gusta la gente también; entonces seguro él me dice caramba y lo lamento mucho, pero él ¿no ve que estoy pescando?

Si me muevo un milímetro seguro me va a decir algo. Si fuera dueño del mar lo echaría de aquí, parece que algo está picando, mejor muevo la caña, aunque eso lo animará a hablar, puede preguntarme si pican, Dios mío, cuántas palabras estoy usando. Si giro de golpe y lo empujo se lo lleva el oleaje, un golpe y nada más, pero qué manera de pensar, qué bajo estás llegando, qué manera de pasar las vacaciones.

El hombre de perfil enrolló rítmicamente el hilo, se alzó la boya y en la punta del anzuelo apareció un cangrejo chico, cuando lo tuvo en su mano lo sacó cuidadosamente para no lastimarlo demasiado con el anzuelo, después lo tiró al mar. Puso otra carnada y arrojó el anzuelo esperando resignado que el otro empezase a hablar. La claridad del sol invisible todavía volvió un poco más humano el perfil del pescador.

No ha dicho una sola palabra desde que picó el cangrejo hasta que lo tiré. Eso está bien. Pero ya hablará. Debe tener una voz horrible. El año pasado fue lo mismo, un imbécil me preguntó

por qué pescaba y luego tiraba los pescados. Como si uno pudiera andar llevando pescados en la mano para que le pregunten a uno todavía adónde los pescó. Aquél era un cretino, lo recuerdo, este otro tiene en cambio una cara de infeliz, una cara de descendiente de esos españoles indios del norte.

El hombre de pie se acercó más al pescador y se puso a mirar la boya. Buenos días amigo, dijo después arrepintiéndose, y cuando vio que el otro no le contestaba metió las manos en los bolsillos y siguió mirando la boya.

Tendría que haberle contestado caramba, y decirle enseguida que se fuera. Habla cantando y cansado. Quién sabe de dónde es, con esa cara de noticias policiales. Si me dice lindo día le voy a contestar duro, juro que le voy a decir algo. Seguro que me va a decir entonces que es la primera vez que ve el mar. ¿Sabe?, dice el muy miserable, es la primera vez que veo el mar. Entonces le digo ahora lo tiene todo para usted solo para que no me pregunte qué pesco y por qué tiro los pescados. O capaz que me pregunta ¿pican?, y entonces le contesto, esta vez sí le contesto, le digo que qué le parece a él y si no tiene algo menos estúpido para decir. O mejor lo insulto directamente o le tapo la boca con el primer pescado que saque, le froto la boca con las escamas del pescado. Cómo me gustaría retorcerle las orejas en el momento en que me pregunte si soy de Buenos Aires, pero seguro me va a preguntar por qué tiro los pescados al mar. Dígame una cosa, le digo mirándolo de frente, ¿puedo o no puedo pescar? Él me dice que sí, naturalmente (odio esa palabra), por qué no voy a poder pescar, entonces yo le digo que eso estoy haciendo, estúpido le digo, ¿ya no se puede salir a pescar en este país? Capaz que entonces me dice que una prueba de que se puede pescar es que precisamente eso estoy haciendo, pero entonces le digo para qué diablos pregunta lo que está viendo, y él entonces sonríe, no tiene otra cosa que responder y por eso se ríe, y entonces me larga de golpe la pregunta por qué tiro los pescados al agua.

La boya se hundió varias veces y el pescador, después de gozar la tensión del hilo y sentir por él el peso vivo en sus manos, comenzó a enrollar el carrete sintiendo que era feliz. Debajo del rojo vivo de la boya un pez del tamaño de un gato giraba en el aire buscando su propia turgenicia hecha de escamas blancas y gotas de agua verdosa que volvían al océano, luego inició el camino ascendente hacia las manos del pescador. Este lo sacó cuidadosamente del anzuelo para no lastimarle la boca. Le hablaba al pez en voz baja, como para que el hombre que estaba a su lado no pudiese oírlo. Lamento tener que lastimarle la boca, pescadito, pero esto es necesario, ¿eh? No, eso es imposible porque usted es un pez y yo, en cambio, soy un hombre, e especialmente del otro lado del anzuelo. ¿Puede ver la diferencia? Vamos, no tantos coletazos, eso hará que se le agoten más pronto las reservas. ¿Sabe lo que hago yo con pescados como usted? ¿No lo sabe? Esto. Y que no lo vuelva a ver por mi anzuelo.

El pez vibró unos instantes en el aire y cayó al agua. El hombre preparó otra vez la carnada, arrojó el anzuelo y siguió mirando la boya, con la mente bastante en blanco, satisfecho, sonriente, casi feliz.

El otro hombre también miraba la boya. Es curioso que tire los pescados al agua. El cangrejo, vaya y pase; pero éste era un hermoso pescado. Me gusta el mar, me gusta ver un hombre pescando en la orilla. Nunca había visto un hombre tirando los pescados al agua. Él debe ser muy feliz con eso. Me gustaría hablar con él, preguntarle por ejemplo por qué lo hace, pero

más bien parece sordo o está muy nervioso. Debe ser de esas personas que les gusta estar a solas.

¿Y ahora qué me va a preguntar? ¿No tengo derecho a sacar un pescado y tirarlo al agua? ¿Ni siquiera eso está permitido en este país? Pasado mañana vuelvo a la ciudad, ¿entiende? Me quedan dos días para pescar, y después tendré que volver a resolver problemas. Porque yo tengo problemas, ¿no es así? Entonces él me dice que lo sor-prende que yo saque pescados para tirarlos, y yo dejo la caña en el suelo y me paro frente a él y lo sacudo para poner de una vez las cosas en su lugar. Entendámonos de una vez, le digo. ¿Con qué derecho me pregunta por qué los tiro al agua? Porque acá no se trata del derecho que tengo para hacerlo sino del derecho que no tiene usted para preguntarlo. ¿Para qué quiere romperme el juego? ¿No se da cuenta de que si le contesto algo se me rompe el juego? Me costó años aprenderlo, con él me salvé del aburrimiento, porque lo único que puede hacer uno cuando no tiene que resolver problemas es aburrirse. Yo no me aburro, ¿entiende? Soy feliz, ¿lo sabía? Completamente feliz. Entonces él me atormenta con los pero, aunque, sin embargo, y entonces ya no habrá paz, no me podré controlar, vendrá la desesperación y me pondré a llorar, cómo sé eso, y él para como me tendrá lástima, me rebajará hasta su lástima, me palmeará el hombro con sus inmundas manos diciéndome que no es para tanto, y ya no podré volver en la mañana húmeda y sola, solo, todo el mar para mí antes del sol y los turistas, sus pelotas, sus sombreros, sus radios y sus perros.

Se le habían turbado los ojos en lágrimas, no veía la boya medio hundida por un enorme pez prendido, no sentía su peso, y cuando giró el perfil para buscar la insoportable piedad del hombre, éste había desaparecido, aunque se veía todavía una parte de su abrigo oscuro en la otra punta del muelle.

(1989)



La espera

Por fin el hombre vendría a buscarlo. Sentado contra la pared de la galería, apoyado en sus propias rodillas, esperaba. La tarde estaba fría. Entre los pantalones demasiado cortos y las medias temblaba un breve tramo de la carne rosada aterida. Metió las manos entre las piernas para calentarse.

A un lado un paquete de ropa yacía como un animal indolente. Esa mañana con la que iniciaba el día de su partida le habían lavado toda la ropa, hasta las prendas olvidadas que sacaron del fondo de un baúl. En la pieza el viejo y Julia no hablaban. Podía oír el ruido casi imperceptible del ir y venir de la plancha sobre la ropa húmeda. El silencio y el ruido de la plancha sucedían a sus espaldas, mientras él miraba en el camino que tenía ante sí el lugar por donde pronto aparecería la figura azul de Pedro, su mameluco, su olor a grasa y su silencio, ese silencio en su boca que lo convertía en una simple repetición del viejo, en otra especie de viejo sin barbas ni bigotes pero igual al otro en todo lo demás. Pedro parecía estar en ese lugar del camino, aunque todavía no hubiesen sonado las sirenas de las fábricas indicando que enseguida aparecería por el camino como una gran mancha azul. Estaba también a sus espaldas, ante un gran taza de leche, moviendo rítmicamente las mandíbulas como dos engranajes bien engrasados. Quizás Pedro no estuviese bien enterado de lo ocurrido, de modo que todavía debía oír sus reproches. Hablaría con su voz baja y tranquila, no la alzaría como lo habían hecho Julia y el viejo, pero sin duda con un simple movimiento más fuerte de sus mandíbulas, cuando masticase le indicaría su reprobación.

Llevaba un buen rato sentado allí. Como sintió frío en la espalda, sin levantarse, estirando las piernas y apoyando las manos en el suelo, se corrió hasta una columna metálica de la galería y se apoyó en ella. El paquete quedó contra la pared. Alzó los ojos y vio la estatua, es decir, un pedazo del jinete y apenas una parte del caballo. Una torre tapaba el resto. No sabía exactamente quién era el jinete, pero seguía creyendo que se trataba de Alvear aun cuando muchos se sonrieran cuando lo afirmaba. Al ver el pedazo de caballo y el trozo del jinete, con su enorme mano levantada hacia la probable cordillera, pensó otra vez en el hombre. Pero al mismo tiempo se acordó de aquella vez que pudo ver toda la estatua, hacía mucho tiempo, cuando fue con Julia a la Asistencia Pública a vacunarse y se deleitó oyendo el ruido de los tacos de sus zapatos sobre el pavimento de la plaza. Hubiera querido entonces dar varias vueltas alrededor del monumento y tocar las gruesas cadenas que los protegían pero Julia lo tomó de un brazo y lo alejó de la estatua hacia una calle estrecha.

Bajo los ojos y vio la calle corta que termina en el río, pero que se ramificaba antes en una brusca curva hacia la izquierda, que no podía ver. Esa curva sin duda llevaba al monumento. Ahora no sabía si más allá del monumento había cosas, si había más ciudad, porque no recordaba haber visto nada más. Quizás la ciudad terminaba al pie de la estatua. En el extremo de la calle, donde esta se unía con el río bordeado por un gran murallón de ladrillos gastados, se había visto por primera vez con el hombre que ahora vendría a buscarlo.

En eso apareció por el camino la mancha azul de Pedro y sólo por eso advirtió que ya habían sonado las sirenas de las fábricas. Enseguida empezaría el espectáculo diario de ver comer a Pedro, las mandíbulas cerrándose violentamente sobre el pan como si éste fuese muy duro.

Sin duda lo miraría a él apretándolas más fuerte todavía. La man- azul, tapada de vez en cuando por un automóvil se acercaba rápidamente.

Le hubiera gustado, ahora que tenía que esperar, ver todo el monumento, pero sabía que desde ningún rincón del patio podía hacerlo. Ni siquiera desde el borde del río, ni subiéndose al murallón, hubiera podido verlo. Para lo único que podía hacer era doblar la calle que se evadía del río, por donde había venido la mancha azul de Pedro antes de aparecer, y entrar a la ciudad. No podía recordar desde qué instante, desde qué punto, entrando por esa calle, empezaba a verse entero.

Pedro había entrado, Julia salía con una botella de leche vacía. Él la miró y ella fijó en él sus ojos y le dijo despacio, pero con fuerza, como si se lo dijera al oído, le dijo desagradecido y salió hacia el borde tierra gredosa que se confundía con la calle y el resto de la ciudad.

Se levantó para no estar allí cuando volviera Julia, se fue a un rincón del patio y se sentó contra el alambrado que daba a la casa vecina. Una mujer, en el centro del patio lavaba ropa en una gran tina de madera elevada sobre dos pilares de ladrillos. Miró hacia el monumento y vio el caballo mutilado, la cabeza y el pecho del jinete con su mano levantada. Ahora estaba seguro de que la ciudad, que sabía enorme, terminaba allí mismo. Más allá del monumento no había nada y sólo el aire se extendía por encima de la estatua, quién sabe hasta donde. Julia volvió y entró sin mirarlo, y él volvió a la columna, desde donde podía ver bien el río y la curva de la calle que conducía a la ciudad y al monumento.

Se acordó del paquete que había dejado junto a la pared y se levantó para alzarlo, oyendo que crujían los huesos de las piernas. El movimiento lo obligó a mirar hacia adentro, donde vio la escena que había presenciado, con la mancha no ya azul sino gris de Pedro en la cabecera de la meza, que masticaba su pan ante la taza de leche. Tenía las manos blanquísimas, recién lavadas en la palangana con un jabón muy duro, y las puntas de las uñas llenas de grasa. Pedro dejó de mascar un instante y mirándolo con sus ojos pequeños le dijo duramente venga, como si fuese a hablar a través del viejo, que yacía sobre una silla en un rincón de la pieza. Más allá Julia buscaba algo en el fondo de un cesto. Cerca de la puerta estaba la palangana, sobre un aparato metálico que terminaba en un círculo donde ésta encajaba perfectamente, y vio en ella el agua llena de minúsculos trozos de jabón. Cerca de la meza estaba su cama sin respaldos, con el colchón arrollado. Ya no la usaría más y sin duda la sacarían de allí para dar más espacio a las otras tres camas que había en la pieza. Pedro lo miró y le dijo ¿así que se va con su padre? Y él, sin dejar de mirarlo, oyó las palabras, pero le pareció que Pedro jamás había abierto la boca, le pareció que había hablado con el estómago, como, según le habían dicho, hacían los ventrílocuos. Él no respondió nada y, por otra parte, Pedro no esperaba ninguna respuesta, así que miró a Julia, que había empezado a lavar en la palangana, en la misma agua de Pedro, el tubo de la lámpara de querosén que siempre se manchaba en el mismo lugar.

Pedro comenzó a hablar lentamente, como si le costara mucho decir las cosas, pero su voz era segura y grave. Le dijo cosas duras, pero no como aquellas que él oyó una noche desde la cama, cuando le contaron que su padre era un criminal y que algún día lo mataría a él también. Sobre todo el viejo, que al parecer era el único que conocía a su padre, le había inculcado la imagen terrible de un hombre que él nunca había visto o que por lo menos no recordaba. “Vos eras muy chico entonces y te recogimos cuando a él lo llevaron a la cárcel”. Y agregaba: “no

deberían soltarlo más, nunca más". Él había oído eso como si no se lo hubieran dicho a él y sólo se hubiera tratado de alguna las conversaciones de ellos, en las que jamás participaba. Pero el viejo lo había mirado a él mientras contaba, y Julia de vez en cuando, le había mirado de reojo indicándole que atendiera bien porque sin duda eso era un mal y él también era culpable. El único que no le decía nada entonces era Pedro, pero sólo porque estaba hablando el viejo, y era como si hablara él mismo. Y al siguiente día lo que el viejo le había dicho se mezclaba extrañamente con los cuentos o narraciones de princesas y fantasmas que había oído, y de esa manera los relatos perdían el valor real que el viejo había querido darle. Claro que el final pudo más la persistencia del viejo y muchas veces, después de oírlo, lloró silenciosamente en la cama. La figura del padre que lo conocía se mezclaba entonces con hechos delictuosos, crímenes, alcoholes y sangre. Pero esos hechos después se perdían y lo que quedaba en claro sólo era una figura triste que él no olvidaría jamás desde que la vio aquella tarde en carne y hueso junto al murallón del río y le habló por primera vez, sin decirle todavía que era su padre (nunca se lo dijo, por lo demás, y eso que iba a llevarlo), que era ese hombre, ese personaje de quien había oído hablar de noche cuando se acostaba y el viejo esgrimía sus palabras admonitorias como fotografías amarillas de tiempos que él no alcanzaba a percibir, donde aparecía la figura principal, el padre, pecando entre los hipos, cuchillos y botellas rotas, todo lavado al fin con una gran sábana de sangre iracunda. Y él hubiera creído en las admoniciones finales de los relatos del viejo, la de él era todavía muy chico y aquella otra de que al salir de la cárcel a él también lo mataría, si no hubiese visto, aquella vez, la propia figura en carne y hueso junto al murallón del río, como un rostro lacerado y puro gastado por las historias que de él la habían contado.

Pedro seguía hablando, censurándolo gravemente por no haberles dicho antes de que se entrevistaba con su padre, y le volvía a imponer, como si no lo supiera, el castigo que el viejo lo había dado el día anterior, cuando el hombre que era su padre apareció y le contó al viejo lo de las entrevistas: que se fuera de allí, que se fuera a vivir con su padre o con cualquiera para siempre. Después, como si él mismo hubiera elegido su castigo, volvió a decirle, dando por terminada la conversación, así que se va con su padre. Sin embargo, era un castigo que él hubiera elegido.

La palabra padre parecía extraña para él porque hasta hacía pocos días sólo había sido un hombre que había visto por primera vez junto al murallón del río, donde siguieron viéndose siempre y donde le prometió llevarlo alguna vez al monumento de la plaza. Además, el día que fue a la casa a anunciar que había salido de la cárcel y que se lo llevaría, casi no habló con él ni le dijo personalmente que era su padre. La paternidad parecía ser un asunto entre el hombre y el viejo, como un pecado común que ahora debía expiar. El hombre, pues, le había ocultado su identidad hasta el día en que fue allí y le dijo al viejo que se lo llevaría apenas consiguiera trabajo. Pero él de algún modo lo sabía, porque el hombre solía apretar los dientes y, al hacerlo, hacía ver un huesito al costado de la cara, que le daba un aspecto extraño y un día viéndose en el espejo, vio que a él también, cuando apretaba los dientes, le brotaba ese huesito. Pero aunque el hecho no dejó de asombrarlo, sólo percibió tíbilmente que entre él y el hombre ocurría algún suceso importante. Ahora el hombre lo había aclarado todo y el viejo lo había corroborado diciéndole esas palabras que él no oía porque le restallaban dentro de sí: este es su padre, ahora vivirá con él. El viejo, en los momentos solemnes, o cuando lo retaba jamás lo tuteaba. El tuteo pertenecía al orden de los relatos sobre su padre.

Mientras Pedro le decía estas últimas palabras anunciándole el castigo que ya le habían impuesto pero que él hubiera elegido previamente, miró al viejo, que lidiaba pacientemente un cigarrillo, dejando caer gran cantidad de tabaco. Julia ya había secado el tubo que colocaba con precaución en las aletas metálicas de la lámpara. Le causó repugnancia evocar los recuerdos que tenía del viejo. Al ver como se le marcaba aun más los huesos salientes de las mano al liar el cigarrillo, se acordaba de cuando lo llevaron allí y tuvo que dormir con el viejo un invierno entero. Él no quería tocarlo con su cuerpo y se corría al extremo de la cama, pegado a la pared, para no hacerlo. Pero el viejo daba vueltas interminables poniéndole ya un pierna o ya un brazo encima, o el codo o la cabeza misma, y él sentía el contacto casi cálido de esos huesos duros y descarnados y el olor a orina en la faja que nunca se sacaba. Y sobre todo le causaba repugnancia porque el viejo, que jamás le dirigía la palabra si no era para decirle “bueno amigo, vaya afuera”, o “bueno amigo, puede entrar”, o para hablarle del padre con las admoniciones finales de “vos eras muy chico entonces a vos también te va a matar cuando salga”, se tomaba la confianza de tocarlo por las noches con su cuerpo maloliente. Nunca lo había odiado, pero ahora sentía que lo odiaba, ahora que sabía que amaba al hombre que vendría a llevarlo por fin, al hombre que el viejo había pintado tan terrible. Por supuesto que no creía una palabra, a no ser la del alcohol y las botellas rotas, ya que en la primera entrevista que tuvo con el hombre que era su padre y que ahora amaba había percibido el inconfundible olor del vino.

Con las palabras de castigo Pedro había terminado de hablar y él notó que no había dureza en sus palabras. Simplemente las decía porque él también estaba en esa casa, signada por situaciones de ese tipo, pero en el fondo le interesaba muy poco que se fuera o se quedara. El viejo encendió al fin su cigarrillo. Pedro seguía ahora triturando el pan y bebiendo los últimos sorbos de la taza. Julia puso la lámpara sobre la mesa, con el tubo reluciente. Ese era el lugar en donde la ponía siempre, y en esa dirección en el techo, había un círculo de hollín casi morado. Lo vio, salió despacio, alzó el paquete y se sentó contra la columna descascarada.

El primer recuerdo que tenía del hombre era una brusca pendiente pedregosa descendiendo hacia el río, que él tuvo que subir de mala gana mientras que el hombre que lo había llamado lo esperaba allá arriba junto al murallón de ladrillos, subiéndose las solapas del sobre todo y tirando hacia atrás los flecos de la bufanda que el viento le sacaba una y otra vez. Se acordaba de que él subió trabajosamente (lo dejaban ir allí una vez a la semana para que juntase caracoles), resbalándose y levantándose el cuello demasiado grande de la tricota. Cuando era nueva, la tricota le ajustaba bien el cuello. Cuando él llegó arriba, el hombre, en vez de apartarse de la estrecha abertura del murallón para que él pudiera pasar y llegar al suelo plano, a la vereda, se quedó allí mismo impidiéndole salir, y él tuvo que quedarse en el declive, de manera que el hombre le parecía mucho más grande de lo que era. Al fin el hombre habló y en el acto se sintió un fuerte olor a vino. Entre palabras y palabras apretaba los dientes rechinándolos y debajo de la mejilla derecha le brotaba un hueso pequeño y duro que se movía como un nervio cada vez que apretaba los dientes. El hombre preguntó cómo se llamaba. Él esperaba algo más importante, dada la forma extraña en que lo llamó y lo hizo subir hasta el murallón. Dijo entonces su nombre y el hombre no se movió ni hizo gesto alguno, como si no lo hubiese oído. Ahora apretaba los dientes y articulaba el extremo del maxilar debajo de la mejilla como si fuese un nervio ese huesito y estuviese brotando poco a poco. El hombre después giró la cabeza hacia la calle, y él estiró la suya lo más que pudo para ver lo que veía el hombre, y vio la ciudad, los

autos y la gente y un pedazo del caballo de la plaza con su extraño jinete, cuya identidad ignoraba. Lo mismo que desde su casa, una gran torre tapaba el resto, y para verlo había que caminar mucho por la calle que doblaba bruscamente antes de llegar al río.

El hombre volvió a mirar hacia el río, hacia abajo y de paso lo miró a él, que en vista del silencio reinante estaba por decir de nuevo su nombre, pero esperando que volviera a preguntárselo. El hombre sacó entonces una gruesa mano del bolsillo y le tocó la cabeza, pero ahora él no recordaba si en realidad quiso tocarle la cabeza o sólo se la tocó para apoyarse y no caer. Finalmente levantó la mano y volvió a guardarla en el bolsillo, y acto seguido se fue tambaleando y lo dejó a él parado, mirando el caballo con su jinete innominado.

A esa entrevista siguieron otras, durante mucho tiempo, en las que el hombre ya no tenía olor a vino y le hablaba paternalmente prometiéndole siempre llevarlo algún día a ver el monumento. Al despedirse solía dejarle entre las manos unos billetes tibios y arrugados que tenían el calor que parecía manar de aquel cuerpo. Entonces él ya había advertido lo del huesito, que él también tenía, y eso lo acercaba mucho más al hombre. “Esto es un secreto entre los dos”, le había dicho una vez, y él no se lo había revelado a nadie y sentía, en cambio, que los cuentos que el viejo le había contado sobre su padre, y la presencia del hombre, se confundían en una sola figura inocente, castigada, purificada y buena. Y esa imagen del padre, que hubiera querido olvidar, esa imagen lo acompañaría sesenta años después en el lecho donde tuviera que esperar considerablemente la muerte, pensando en el padre bueno que esperó un día y no vino jamás, le había enseñado, precediéndolo en la muerte, como se entraba silenciosamente y sin lágrimas en la misericordia del polvo.

La columna en la que estaba apoyado era el punto ideal para mirar el jinete truncado e imaginárselo entero. Dos días antes, en esa misma galería había estado su padre, que ya no era “el hombre”, despojado de la historia del viejo y de su propia imaginación. Unas palabras oídas como en sueños dichas entre Julia y el viejo, caían severamente sobre sus esperanzas. “¿Y vos creés que vendrá? No creo que la cárcel lo haya cambiado. Siempre fue así para todo. Lo habrán puesto preso de nuevo. Ese hombre no puede andar suelto”. Miró la puerta de la pieza, ya cerrada, y recordó que el viejo, para cambiarse, siempre lo mandaba afuera y que después lo llamaba, concluido el rito misterioso que realizaba adentro. A él le parecía que durante los minutos de encierro el viejo se convertía en una mujer, con un cuerpo largo como el de Julia pero conservando la cara decrepita y torturada. Julia en cambio solía desvestirse delante en presencia suya, como si él no existiera.

Estiró las medias lo más que pudo y corrió las ligas un poco más arriba y los pantalones más abajo para reducir el trozo floreciente de carne en donde el frío se ensañaba como una persistente mosca de hielo. Miró hacia el monumento, un poco borroso por la penumbra de la hora vespertina, y sintió de nuevo que la ciudad terminaba allí mismo, de modo que el padre, que estaba en la ciudad, no podía estar muy lejos. Y pensó que en todo caso lo hubiera visto si no fuera por la línea de casa y los huecos mellados de las calles. Allá muy lejos, hacia la derecha, en le cuarto o quinto puente, pasaba un tranvía con las luces encendidas. Al rato oyó que Julia levantaba el tubo de la lámpara y encendía la mecha. El silencio en la pieza era total. Él no podía ver nada porque estaba dando la espalda. Dentro de la pieza, lo sabía, estaba oscuro, atenuada la semioscuridad por la semiluz de la lámpara. Afuera, en cambio, el aire todavía era

claro, salvo a lo lejos, más allá del monumento, que pronto se convertiría, como todas las noches, en una gran mancha negra contra el aire lejano.

Se quedó un rato largo mirando hacia la casa vecina, a través del tejido de alambre, donde estaba la tina sombría sobre la pila de ladrillos, entrevista apenas entre las sábanas húmedas tendidas en una larga cuerda levantada en un punto por un palo. La mujer no se veía por ninguna parte y la pieza parecía ausente, como un gran hueco oscuro; pero a poco vio surgir de la sombra la luz amarilla de la lámpara.

Oyó a sus espaldas que Julia preparaba la mesa. Era un rito que se repetía siempre con rumores de platos y botellas, sin voces, hasta que el viejo se sentaba y colgaba el sombrero en la silla de Pedro, que comía como si comer fuese un acto de máxima severidad. Julia y el viejo conversaban, pero él enmudecía y no abandonaba su expresión adusta hasta que terminaba de comer y cesaba el movimiento metálico de sus mandíbulas.

Julia se asomó a la puerta y lo llamó a comer. Él no respondió y ella volvió a entrar. Al rato salió con una botella. Ordinariamente era él quien iba a comprar el vino, pero esta vez no se lo exigieron. Se consideró obligado sin embargo, y tímidamente le dijo a Julia que podía ir él, pero ella le dijo que no con la misma voz de antes, apagada y fría, como si se lo gritara, despacio, al oído.

Esa seguridad de Julia lo atormentó. ¿Y si su padre no viniera, como ella aseguraba? ¿Y si todos los hubiesen engañado? La sensación duró un instante. Enseguida experimentó una suave tranquilidad, después de haberlo supuesto, sabiendo de algún modo que no podía ser. Y a esa tranquilidad se sumó un grato calor que él mismo se había infundido metiendo las manos entre las piernas y abrazándose las rodillas alternativamente. Al rato los párpados empezaron a pesarle y poco después sentía que se dormía, pensado que si no fuese por las casa y las calles el padre lo vería y le daría alguna señal.

Cuando despertó miró bruscamente hacia atrás. Tenía las mejillas heladas y las manos ardientes. La puerta estaba cerrada y oscura. Se paró y se acercó a la puerta y a través de las tablas percibió la débil claridad de la lámpara. Tendió el oído y oyó un rumor de voces bajas, pero era la voz del viejo solamente. Después percibió el chirrido de la plancha sobre la ropa húmeda. El corazón le latía fuerte, no sabía si por miedo o por haberse despertado súbitamente, cosa que solía ocurrirle. Se subió las medias ya caídas y volvió a sentarse contra la columna. Miró hacia la ciudad, el negro monumento con su caballo mutilado y las innumerables luces de las avenidas que durante el día parecían no existir. Era como si toda la ciudad se hubiese inclinado como un gran plato para que él la viera con sus innumerables calles cruzadas en perpetua tortura y sus autos polvorientos. El aire estaba negro, salvo la gran masa de claridad que dilataban las luces de la calle por encima del monumento, donde una lejana claridad de ponientes restallaba como una bandera.

Volvió a pararse y dio unos pasos por la galería; después se apoyó contra el alambrado. En la casa vecina habían apagado la luz, la tina de madera, en medio del patio, goteaba persistente sobre un charco claro. Entonces, sólo entonces, se sintió solo y tuvo ganas de llorar. El gran plato de la ciudad parecía abalanzarse sobre él.

Ahora que el padre era un figura despojada e inocente, ahora que sus recuerdos nacían de él como una gran luz purificada, el padre no venía. Y esa imagen, esos recuerdos, lo sustituían tristemente, valían de algún modo por el padre mismo. Dio unos pasos por el patio, pensado que si el padre no venía tendría que golpear la puerta y pedirles perdón. Pero ahora los poseía de algún modo, había rescatado de las tinieblas el rostro bueno y castigado y los labios resecaos por el alcohol. Lo aterraba la idea de tener que enfrentar al viejo, de golpear la puerta y decir no sabía qué, de mirar alternativamente a Pedro y a Julia, de humillarse ante ellos y oír después nuevas y terribles historias sobre su padre. Se sentó de nuevo contra la columna y miró hacia el monumento. Y como lloraba todas las luces convergían hacia sus ojos con largas líneas extendidas desde el centro de la luz hacia él como inmovibles espinas de lágrimas. Todo se mutilaba, todo se daba en horribles mitades inconclusas. "Si viniera, si viniera", se dijo muchas veces, y miró hacia la ciudad que en cambio lo miraba a él con sus miles de luces.



La puerta

Cuando llegó a la casa de sus tíos lo único que tenía, además de la ropa que tenía puesta y algunos libros viejos, era un cofre de madera tallado a mano, de escaso valor real (diez o veinte pesos, según le habían dicho), pero de un incalculable valor ritual para él porque ese cofre era lo único que conservaba de una edad más dichosa.

Sus tíos eran muy pobres y tenían muchos hijos y lo había adoptado a él como si verdaderamente hubieran sido capaces de mantenerlo. La casa le pareció inmediatamente un lugar de castigo. Sus primos, unos niños rubios y blanquísimos, pero sucios y harapientos, lo miraron como un objeto extraño. Su tío no era argentino pero hablaba bastante bien el idioma del país, salvo cuando blasfemaba. Él entonces sólo tenía trece años y ahora contaba diecisiete, cuando ya podía darse cuenta de que no estaba en el infierno. Los chicos que, cuando llegó, lo miraban como un objeto extraño, eran ahora muchachos de trece y catorce años; pero el infierno no se había movido ni los niños habían crecido porque el clima primordial subsistía en el vientre de su tía, que dando a luz todos los años se marchitaba como una esponja.

Nada había variado, pues, ni las blasfemias de su tío dichas en un dialecto traído del otro lado del mar, pero que él entendía perfectamente y a través de las cuales captaba la intensidad de la ira que las producía. Su tío poseía una para cada grado de ira, y quizá tuviese otras en reserva, que jamás había dicho, para ciertos instantes de horror y paroxismo. Ahora que tenía diecisiete y sabía que estaba en el infierno, pensaba que el dios que insultaba su tío no era quizás aquel dios de quien él poseía un vago recuerdo, sino, como el dialecto en que era vulnerado, un dios traído del otro lado del mar o quizás nacido allí mismo y acostumbrado al dolor y a la miseria. El infierno descubierto en la infancia había crecido con él, se había multiplicado en el vientre de su tía.

En el barrio de la pequeña ciudad a él lo conocían todos por Capozzo, el apellido de su tío, aunque él se llamase Peralta, salvo Teresa, la muchacha de la casa vecina, a quien miraba pasar como algo inalcanzable, blanca y altísima bajo el pelo negro. Había hablado muy pocas veces con ella. ¿Cómo atreverse a hablar con el ángel siendo un condenado? Muchas veces se había detenido para mirar la puerta alta y dorada, tan inaccesible como la propia Teresa, y el hermoso bacón con flores, y justificaba que ella pasara las más de las veces sin mirarlo y que sólo de vez en cuando lo llamara para preguntarle algo sin importancia. Pero lo llamaba por su verdadero nombre y él sentía entonces que ella lo rescataba, que lo sacaba del infierno, aunque por eso mismo se volviese más inalcanzable. Él respondía solamente con las palabras justas que requería la pregunta, y jamás se hubiera animado a pronunciar otras que no significasen más que una respuesta estricta. Y vislumbraba, desde cualquier parte del infierno que el amor y los afectos eran cosas muy puras, pero pertenecían a los seres humanos, eran como un agua violada que se escondía en los ojos y en lo alto de su cabello. Los hombres representaban mediocremente todo lo realmente puro del mundo, lo adaptaban a sus almas entristecidas y sólo daban aspectos mutilados de algo que sin duda era muy hermoso.

Las piezas que constituían la casa de los Capozzo daban todas a la calle, unidas por una galería, de modo que un espectador podía desde la calle ver entrar y salir a los demonios, de una habi-

tación a la otra, a pesar de la enredadera que cubría la verja de alambre tejido durante el verano. Dos cuartos, hacia la derecha, servían de dormitorios a sus tíos y a los niños de sexo femenino; en el otro dormían el resto de la familia, grandes y chicos en dos camas enormes unidas como si fueran una sola. Él dormía en un cuarto más pequeño, donde guardaban también el carbón y la leña. Sobre la cabecera de su cama, en una repisa, estaba el cofre. Dentro del mismo guardaba algunas cartas, una ramita seca que le había dado Teresa y un certificado de estudios donde constaba que había aprobado el sexto grado de la escuela primaria, cosa que antes le había parecido un triunfo suyo digno de ser admirado pero que los años había menoscabado. Lo había guardado para mostrárselo a Teresa algún día, para que supiera que él era o tenía algo, pero ahora se burlaba de esa deseo diciéndose que ningún certificado le permitiría evadirse del infierno. En realidad lo guardaba porque creía que el papel, en cierto modo, pertenecía a Teresa; y en rigor tenía el mismo valor que la ramita seca, caída de las manos de Teresa en un noche recordable, y que él recogió del suelo como si se tratase de un hallazgo valioso.

Durante los ocios que seguían a sus changas ocasionales, dibujaba. Lo hacía siempre. Cuando ganó el premio de dibujo en el concurso organizado por una entidad de turismo y fue a recibirlo, ante tanta gente, tuvo miedo. Vio que todos aplaudían, pero no a él, a Peralta, que también podía ser otra cosa que un maldito. Dijeron su nombre verdadero, pero ¿quién lo había oído? Quizás los que lo oyeron pensaron que se trataba de un error. Teresa no estuvo allí y nunca se entró probablemente, y decírselo ahora era como mostrarle el certificado que estaba en el cofre. Ya nadie se acordaba del concurso.

Recordó que un día le había dado a un dibujo al hermano de Teresa, para que ella lo viese. Nunca pudo saber si ella lo vio. El hermano le pidió más dibujos durante mucho tiempo. Él trazaba paisajes y retratos procurando que de alguna manera se relacionasen con ella. Trataba de contarle todo lo que padecía y su esperanza de salvarse. Si Teresa los había visto, sin duda sabía muchas cosas de él y así por lo menos podía compadecerlo.

En sus dibujos procuraba mostrar algunas cosas pero ocultaba otras. Las riñas entre sus tíos, por ejemplo, sobre todo a la hora de comer. Comían y reñían en la galería, sentados los que podían en la única mesa, que había que apoyar contra la pared porque estaba muy desvencijada. Los que no cabían comían sentados en el suelo, apoyados también contra la pared, cerca de la mesa. Él prefería esta última posición para ocultarse a los ojos de los que pasaban por la calle.

Pero en realidad no hubiera necesitado ocultarse, porque Teresa, cuando pasaba, jamás miraba hacia la casa y parecía ignorarla totalmente. Era ya una mujer adulta, aunque tuviese su misma edad, y parecía cada día más inalcanzable. Por otra parte él había abandonado toda idea de salvación, cuya prefiguración era Teresa, sentía piedad por la miseria que lo rodeaba y de la que él formaba parte y pensaba que el infierno, en último término, era un lugar que los condenados amaban y ocultaban pacientemente. Pensaba que nunca podría abandonar esa casa porque lo mantenía allí una vocación de silencio y abandono, una fuerza tenaz que él mismo alimentaba.

Cuando se suicidó la tía (una solución de cianuro que acabó con ella y con el vástago que como siempre llevaba en el vientre), el infierno pareció florecer, resplandecer en sus frutos para que

todos, incluidos los indiferentes, pudiesen verlo. Ahora un espectador podía ver desde la calle una gran actividad en la casa, entrar y salir a los demonios de una pieza a la otra. Velaban a la tía en la habitación de la derecha. A él le parecía falso el hecho de que algunos que no fuesen ellos mismos estuvieran en la casa. Y advirtió que la gente no había ido por piedad o por cortesía o por seguir las costumbres sino para acabar un asombro. Se miraban entre ellos como entendiéndose secretamente, y luego callaban y alzaban los ojos hacia las gesticulaciones y blasfemias del tío, que se paseaba aparatosamente por toda la casa.

Cuando apareció Teresa él estaba en cuclillas cerca de la pared. La vio y tuvo la sensación de que ella avanzaba y él retrocedía tratando de ocultar la miseria en la que vivía. Ella lo arrinconaba contra los muros grasientos, y sus ojos, extendiéndose, veían los aspectos más repugnantes de su vida. Y aunque él hubiese querido tapar la casa entera con su cuerpo con su cuerpo, incluso el ataúd y la gente que había venido, habría sido imposible porque los ojos de Teresa estaba hechos para verlo todo y cubrían con sus globos ariscos hasta los últimos confines de la casa.

“Lo siento mucho”, dijo ella, entrando en la habitación en donde velaban a su tía, y él sintió que Teresa estaba viniendo para acabar con una lucha donde él había sido vencido.

No respondió. Hubiera querido decir que la muerte de su tía no significaban nada para él, que como todo lo demás en aquel ámbito carecía de sentido; pero sintió que no era sólo la miseria lo que tenía que ocultar, no sólo el biombo sucio que lo separaba del carbón y de la leña, sino todo lo que Teresa ya no vería jamás, lo que había pasado ya y el hábito del infierno. Y quién sabe hasta qué punto la suya era una visita formal, por tratarse de una muerte (de lo contrario nunca hubiese ido a su casa), quién sabe hasta qué punto había venido para eso o para saber cómo vivía él, el hombre que se había atrevido a amarla, no porque se tratara de ella, que era una simple circunstancia, sino a amar a alguien. Imposible, pues, ocultar nada, aunque dispusiera de un enorme biombo que cubriera toda la casa.

Pensó en el cofre labrado, no entrevisto por Teresa, fue hasta su cuarto y se echó en el catre. ¡Cuánto daría para que ella no hubiese entrado, para que no hubiese visto! Uno de los niños llegó entonces y le dijo que Teresa lo llamaba. En realidad eso creyó él, porque lo único que dijo el niño fue Teresa está aquí y se fue inmediatamente. Él antes de ver sintió la presencia de ella asomando la cabeza y parte del cuerpo por encima del biombo. Levantarse, mirar el cofre y caminar luego con ella por la galería era finalmente un solo acto inconsciente que nunca podría reconstruir. Dijo palabras tontas, ridículas, que sólo tenían sentido para él o para la Teresa que imaginaba, algo así como se equivocó de cuarto, el muerto está aquí, sintiendo que se arrepentía de decir las mientras estaba diciéndolo.

Cuando Teresa se fue, él sintió que no la había perdido a ella sino al ángel que había descendido desde su cabello. Él en cambio era lo absurdo, o en todo caso un demonio que cualquiera podía ver desde la calle, abriendo puertas, saliendo de un cuarto para entrar a otro sin poder ocultarse nunca totalmente.

Pero después de todo la frase que le había dicho a ella no era tan ridícula, porque cuando se fueron todos los visitantes, que eran también como unos demonios acusadores, sintió que él también había muerto. La única diferencia entre la muerte de su tía y la suya era que él podía

todavía palpar los muros envejecidos y oír bajo sus pies el crujido de los pisos de madera gastada. Teresa sabía todo de antemano y había ido para demostrárselo y advertirle que era infantil pensar en ella. Su vida había terminado allí, y un demonio como él no podía ir a ninguna parte, porque le costaba mucho demostrar que no lo era. Podía irse, sin duda, pero antes tenía que pensar en el modo de hacerlo para la suya no fuese una simple partida sino una fuga. Los demonios lo dejarían ir tranquilamente, hasta festejarían su ocurrencia, pero él quería fugarse, ser un elemento extraño a ellos que por fin se evade y consigue la libertad.

En ese dilema estaba cuando un día oyó los gemidos. No les prestó atención, pero cuando advirtió que eran gritos de Teresa que venían desde su casa corrió velozmente y se detuvo ante la puerta, alta y dorada, hecha para que sólo Teresa entrase por ella. Los gritos habían cesado. Era mejor volverse. Además, creía que no debía cruzar esa puerta, ese paraíso que perdería para siempre. Los gritos volvieron ahora, más fuertes que antes. Tomó el picaporte: la puerta estaba con llave. Entonces arrojó varias veces su cuerpo contra ella, oyendo que los gritos crecían adentro. En ese instante hubiera querido estar encerrado en un lugar oscuro y desde allí oír los gritos de Teresa, pero no derribar aquella puerta, penetrar hacia un fondo del misterioso y ausente. Los tres niños lo habían seguido hasta allí y lo miraban. Les ordenó que se fueran, pero ellos fingieron no oírlo. Al fin la puerta cedió y una hoja cayó entre un estrépito de vidrios rotos. Miro y quedó inmóvil. Vio cuartos inmundos, enormes patios vacíos, separados por pequeñas balaustradas, llenos de basura. Corrió hacia adentro, hacia los gritos, alzó los ojos y vio un cielo distinto, pesante. Al llegar al último patio vio a Teresa con un impecable vestido blanco apenas manchado, peleando con su padre, borracho y su madre, una especie de bruja que nunca había visto, sentada en un sillón de paralíticos. Teresa, armada con un palo, hirió a su padre en la frente y éste cayó. Sin poder deshacerse todavía de sus primos, que lo seguían, acudió. Teresa lo miró entonces y con una voz extraña, prostituida, le dijo que ayudase, que no se quedara parado como un imbécil. Él fue hasta el grifo, bajo la mirada oblicua de la vieja, mojó su pañuelo y se inclinó a lavar al herido.

Mientras lavaba la frente sangrienta que él advirtió súbitamente normal, pareciéndole falsa en cambio la que estaba acostumbrado a oírle. Ella lo miraba sin ningún temor y él bajaba los ojos sin atreverse a enfrentar su mirada, como si fuese él quien había mentado y fingido. Recordó que muchas veces, cuando era chico, el hermano de Teresa lo había invitado a entrar. Él era, pues, el único culpable. Ella jamás le había ocultado nada. Teresa seguía hablando familiarmente, como si ya fuesen marido y mujer. Miró a un costado y vio que varios de sus primos se familiarizaban con la casa e invadían todos los rincones. Les ordenó volverse. “¿Por qué? Ellos vienen siempre”, dijo Teresa. De la frente del herido ya no manaba sangre, pero el hombre seguía inconsciente, quizás por el alcohol que había ingerido. Entonces él alzó los ojos y miró a Teresa y, farfullando algo, empezó a sonreír.



La Tía Lila

Pobre tía Lila con su vestido blanco, tan alta, tan soltera. Un vestido en el que trabajaron las mejores costureras de las sierras para plisarlo y darle esa forma de campana ondulante que tenía todas las tardes tía Lila cuando nos llamaba desde la galería. Chicos, dejen ya esa pelota por favor, y a lavarse las manos, a frotarse las rodillas y limpiarse la nariz, que vamos a rezar. Un vestido que de tan plisado que era ella podía levantarlo o moverlo para cualquier lado sin que se le vieran las rodillas; nunca se acababan los pliegues, ni siquiera cuando tomaba las puntillas del ruedo y lo alzaba hasta la altura de los hombros para ser un pavo real, o juntando las manos sobre la cabeza, cerrándose allá arriba la campana para ser escarapela. O puro remolino si bailaba, el vestido se abría girando como el remolino donde se ahogó el tío Jacinto. Y qué manera de tener encajes y bordados; hilos de todos los colores formando dos grandes mariposas en el pecho, repetidas en las mangas cerradas en los puños con tiritas amarillas, todo encajando a tía Lila en una gran blancura.

Chicos, hoy nos vamos a Cosquín a visitar al tío Emilio. A portarse bien, no llevar las hondas, no matar palomitas de la Virgen ni entrapar jilgueros. Portarse bien con el tío Emilio, que es tan bueno y les dará leche de cabra, pan con chicharrón y miel de sus panales. Mucho cuidado queriditos, a ser juiciosos y prudentes en la casa del tío Emilio, tan bueno, tan hermoso. Nada de cazar pájaros y clavarles agujas en los ojos, miren que Dios puede castigarlos por eso y dejarlos ciegos para siempre. Aprendan del tío Emilio, que es tan bueno porque nunca mató pájaros ni les pinchó los ojos con espinas. Por eso lo mejor es portarse bien y juntar berro y peperina, chañar y piquillín para el tío Emilio, sin olvidarse por supuesto de pedirle la bendición. ¿Y no podemos llevar la pelota? No, eso no, dice tía Lila, porque entonces juegan y gritan demasiado, los gritos ponen nervioso al tío Emilio y además espantan sus abejas.

Que Dios los bendiga, mis queridos, dice tío Emilio tocándonos la cabeza. Y ahora vengan a ver mis flores, mis panales, mis cabritos, mis melones, mis jaulas con Siete Colores, mis canteros de margaritas y coronas de novia. No, gracias tío Emilio, queremos ir un rato a la canchita. Bueno, hijos, vayan con Dios, pero no se junten con los negros, no se peleen ni se insulten. No, nunca, tío Emilio, porque Dios está en todas partes y nos está mirando siempre, y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Desde la cancha hacemos señas a los negritos del rancharío, que vienen como moscas. Che, ¿no tienen pelota ustedes? Podríamos jugar un partidito. ¡Qué van a tener pelota ellos! Pero hacen señas con los ojos para que miremos el suelo, y ahí vemos un montón de sapos que han salido del arroyo a buscar bichos, dele saltar por la canchita.

Lo lindo de esto es que la pelota ayuda, se gambetea sola. Linda pelota saltarina para los buenos tiros de boleo. Lo malo es cuando hay que cambiar de sapo. A veces te cortan en pleno avance diciendo che, esa pelota ya no vale, ¿no ves cómo está la pobre? Ahora la pelota es ésta. Entonces discutimos mucho, griterío, chicos, qué están haciendo en la canchita, por amor de Dios, llega la voz de tía Lila.

Carozo y Titilo han formado dos bandos. Yo en el arco de Carozo, el Beto en el otro. Y hay cuatro negritos para cada equipo. Y un montón de sapos, que en cierto modo también son jugado-

res, alternadamente; ellos, cuando no son pelota, van saltando por la canchita como si jugaran; uno que sube y otro que baja, saltando siempre, desde el arroyo hasta la casa de tío Emilio, justamente hasta sus canteros de coronas de novias, todo es un latir de sapos.

En eso hay un pase alto de Titilo. Un negrito viene a la carrera con intenciones de cabecear, pero justo a tiempo recuerda la calidad de la pelota y entonces la para con el pecho, no la deja llegar al suelo, juega bárbaro el negrito; la frena en la rodilla, la bailotea con la izquierda y tira con la derecha a media altura y muy vio-lento. Yo estoy bien colocado y embolso sin problemas. Pero ahí nomás la suelto, la tiro para atrás por encima del palo, está helada esa pelota; córner gritan varios. Automáticamente voy a buscarla cuando llega la voz de Titilo diciendo que la deje, ya no sirve. Y allá desde el córner con las patas abiertas viene girando el otro sapo, la panza le blanquea cuando pasa frente al arco, peligro para mí, he salido a destiempo, cuando Carozo salva la situación sacando de voleo, un tiro bárbaro que toma de sorpresa al otro arquero, que ni ve la pelota cuando pasa alta junto al poste casi en el ángulo y se estrella no sé dónde y ya estamos uno a cero, nos abrazamos con el Carozo y los negritos nuestros.

Chicos, no se ensucien, dice tía Lila debajo de la magnolia. Y dentro de un rato vengan que vamos a rezar todos juntos por el tío Jacinto, que está muerto pobrecito.

Nosotros no queremos rezar ni que nos cuenten otra vez la historia del tío Jacinto. Ya nos hemos olvidado de él. Sabemos que tenía bigotes y usaba sombrero aludo porque así está en el cuadro, en la pared.

Es que el remolino lo hundió y lo devolvió tres veces a la superficie, dice siempre tía Lila, como si no lo supiéramos, mostrándonos tres dedos blancos, y nadie fue capaz de alcanzarle un palo, una tablita al pobrecito, y a la tercera vez no volvió a salir más.

Se ahogó por boludo, decimos siempre con Titilo. Nosotros nos bañamos siempre en los remolinos, es mejor que en aguas mansas. Uno se deja llevar girando para abajo un par de metros, y en el fondo el remolino es un puntito que no tiene fuerza, acaba en cero. Todo lo que hay que hacer es apoyar un pie en el fondo y con el envío salir hacia el costado, y ya se está fuera de la atracción del giro. Después nadar hasta la superficie, tomar resuello y otra vez adentro. Como un tobogán, pero más divertido.

El remolino no existe en el fondo del río, todo el mundo lo sabe menos el tío Jacinto, claro. Y los que estaban ahí mirándolo ahogarse se lo decían: haga un envión cuando esté abajo, señor Jacinto, tenga en cuenta que el remolino lo llevará de abajo hacia arriba tres veces solamente. Se lo decían con palabras y también con señas, por si era sordo, pero él nada. En vez de hacer lo que le decían, él también hacía señas con los dedos, y nadie lo entendía por supuesto. Los otros le decían tres, tres dedos le mostraban para que los mirase, y él también mostraba, cada vez que salía, tres dedos, siete dedos, nueve dedos. Tres veces, le decían los otros, pero él nada, haciendo su testamento, tres vacas, siete ovejas, nueve canarios, todo eso se lo dejo a mi querido hermano Emilio. Los bigotes y el sombrero chorreando. Tres veces te perdona el remolino. Pero él, nada. Y claro, a la tercera vez el remolino se lo llevó al carajo. Entonces que se joda, decimos siempre con Titilo.

¡¿Qué hacés imbécil?! me grita Carozo cuando me dejo meter el gol, cuando no veo al sapo que pasa como un refucilo entre mis piernas, todo por acordarme del tío Jacinto. Menos mal que es gol anulado, porque un pedazo de la pelota entró en el arco, pero hubo otro que pasó por fuera junto al poste. Ahora la pelota es ésta, dice un negrito que se corta solo para el otro arco, y cuando va a tirar sale Titilo, taponazo, se la quitan y a cambiar de sapo.

Titilo busca el empate como loco, y como sabe que yo no sé atajar pelotas altas se remuerde en un tiro muy elevado que pasa por encima del travesaño; salto todo lo que puedo viendo que el sapo va derechito a lo del tío Emilio, alcanzo a rozar la pelota con las uñas, pero no hay caso, se me va, girando como un remolino con la panza para arriba, y allá lejos se estrella contra la jaula del Siete Colores de mi tío Emilio. Y enseguida la voz de tía Lila, tan buena, tan creída, la voz que dice por amor del Señor mis chiquilines, dejen tranquilo ese sapito y vengan a rezar. Ella hablando de un sapo y nosotros ya hemos usado como veinte.

¡Paren, penal!, gritaron varios. Del penal del empate me acuerdo muy bien. Discutían a ver quién lo pateaba. Era un sapo grande, gordísimo, que no se quedaba quieto frente al arco mientras discutíamos. Lo ponían en su sitio, sobre un montoncito de tierra, y él enseguida agarraba para el lado del arroyo. Al final lo pateó el Titilo, como siempre. Volvieron a poner la pelota en su sitio. Titilo lo miró, tomó carrera y se remordió en un tiro a media altura que no pude atajar desgraciadamente, mientras oía el grito de tía Lila como yéndose del mundo, cayendo en remolinos, mientras veíamos que su vestido blanco cambiaba rápidamente de color, mientras oíamos su grito más bien suave, como si fueran señas de gritos, más bien lánguidos, como si en vez de gritar estuviese diciendo qué han hecho mis queridos, no se olviden que Dios y el tío Jacinto lo están mirando desde el cielo.

¡Gol, golazo!, gritan Titilo y sus negritos, que se abrazan con el Beto. Yo me retuerzo de bronca en el sue-lo, muerdo el pasto. Dejarme meter el gol y además mancharle el vestido a tía Lila.

Ahora ella va a pensar que no la queremos. El vestido tan blanco, tan bordado, tan puntillas, entre las dos mariposas ha reventado el sapo, a la altura del canesú alforzado del vestido de tía Lila pavo real y escarapela.

Es molestísimo rezar cuando se suda a mares. Sudando es imposible concentrarse en el retrato del tío Jacinto, alumbrado con velas. Rezamos mirando de vez en cuando a tía Lila, que llora en enaguas lavando el vestido en una palangana. Nunca sabremos si llora por su vestido o por el tío Jacinto. Titilo reza mirando el retrato del difunto, pero los ojos le relumbran de alegría. Yo rezo tratando de disimular la bronca que tengo todavía. Un poquito más y lo atajaba, le agarraba una pata, ¡qué sé yo!, lo echaba al córner. Si me estiraba un poco ganábamos uno a cero.

El tío Emilio, que reza con nosotros como si contara melones o cabritos. La tía Lila, que al siguiente verano habíamos olvidado como al tío Jacinto porque después no volvimos a las sierras. La tía Lila, creyendo en tantas cosas buenas. La tía Lila, que dicen que nunca pudo sacar del todo las manchas de sangre que hicimos en su vestido blanco. La tía Lila, sin saber que nosotros seguiríamos matando sapos.



Los oídos de Dios

El general llegó a la provincia en su avión particular, se atusó el bigotito y sin perder un instante subió a los siete coches que lo llevaron directamente, junto con sus edecanes, a la vieja casona donde funcionaba la emisora local, en cuyos fondos un enorme gallo rojo y sus diez gallinas temían, aterrados, que los ilustres visitantes significasen cena de agasajo o sea degollación para ellos.

Las aves estaban allí porque las autoridades de la emisora, a petición del sereno, le habían permitido criarlas para compensar con su venta o consumo un sueldo tan estrecho, y el general, a la sazón presidente de la república, estaba allí porque iba a asistir a una transmisión en cadena, para toda América Latina, donde hablaría de su plan de gobierno para desarrollar a las provincias pobres.

Un par de horas antes de la llegada del presidente los servicios de seguridad husmearon por todos los rincones de la casa y le ordenaron al sereno que colocase en el patio una valla para evitar que las gallinas se metiesen en la sala de transmisión, como aquella vez, cuando en plena novela radial de la siesta se oyeron cacareos o aquella otra cuando el canto de un gallo trasnochado salió al éter introduciendo elementos corraleros en plena transmisión de un mensaje del obispo a todos los fieles de la diócesis.

Las diez de la mañana y ya treinta y nueve grados, rieguen los patios otra vez, mojen las paredes, escondan las gallinas por favor y traigan más ventiladores, decía el director de la emisora oyendo los pitidos nerviosos de los agentes de tráfico cortando la circulación y abriendo paso en todas las calles a los siete coches que traían al presidente y a su comitiva, los ayudantes de campo y los asesores en cuestiones de límites, el capellán con su hisopo lleno de agua listo para bendecir las nuevas instalaciones (regalo del presidente) que permitirían a partir de ahora que nuestra radio se oyese desde cualquier rincón del vasto mundo, según el adjetivo elegido por el jefe de locutores encargado de la transmisión especial vía satélite.

El cual lucía, anudada bajo la nuez, una corbata pajarita que se movía acusando cada una de sus palabras como en un lenguaje de sordomudos, mientras sudaba por un lado, a causa del calor, y tiritaba de frío por el otro, a causa del miedo a su primera entrevista con un presidente que tenía siete bigotes, o que venía en siete coches, ya no sabía ni lo que pensaba mientras oía, más aterrado que las gallinas en el corral del fondo, el chirrido de los frenos de los coches oficiales que llegaban, y los micrófonos conectados en cadena con todas las radios del mundo, tenga en cuenta, había dicho el director, que a partir de ahora hasta Su Santidad el Papa puede estar escuchando sus palabras, que no me salga ninguna gansada ni palabra gangosa ni saliva atravesada en la garganta madre mía.

El patio y la galería se llenaron de majestuosidades cuando entró el presidente con sus setenta guardaespaldas y el pecho empedrado de medallas. Los ventiladores del techo y las paredes de la sala de transmisión echaban chispas refrescando a la gente mientras el capellán rociaba con agua bendita las instalaciones y el gallo de los fondos de la casa saltaba sin dificultad sobre la valla sin que nadie lo viera y se mezclaba con guardaespaldas y edecanes.

Un gallo enorme, rojo, de estampa casi bíblica. Con esos ojos de guerrero asirio, esa cresta de gorro frigio, ese pico iridiscente. Con unas plumas del pecho donde las medallas del presidente hubiesen lucido de verdad, y esas patas escamosas y esos espolones por donde se asomaban remotos antepasados ínclitos. Con un cuello en cuya fragilidad todo el gallo se debilitaba y suavizaba para diluirse en plumas diminutas y nerviosas donde latía oculto el resplandor de los cuchillos. Avanzando sin saberlo, entre botas refulgentes, hacia un objetivo que ignoraba pero que lo atraía poderosamente.

-Señor -dijo el locutor ajustando el micrófono a la altura de los siete bigotes del presidente y pensando en los millones de oyentes que estarían escuchando sus palabras desde México hasta Tierra del Fuego, y en el Papa, medio sordo, pegando la oreja al aparato para no perder ni una sola palabra, y en los satélites espías norteamericanos que grababan sin perder ni una sílaba, era increíble la cantidad de sucesos casi simultáneos que pasaban por la mente del jefe de locutores con rapidez electrónica cuando sus labios todavía no habían abandonado la eñe de "señor" y se disponían a lanzarse desde allí hacia el final de la palabra mientras la corbata pajarita temblaba fielmente debajo de la nuez-, señor presidente por favor, el pueblo, qué digo, el mundo entero está esperando sus palabras esclarecedoras sobre las cuestiones más candentes, el hambre en el norte y en el sur, las cuestiones de límites por el este y el oeste, qué nos puede decir usted de estos momentos tan cruciales que vivimos.

El gallo, que se había detenido junto a las botas del presidente de la nación, saltó verticalmente y sin dejar de agitar las alas que le permitían mantenerse en el aire como un helicóptero se colocó entre la boca del general y el micrófono. La mirada que cruzaron el animal y el hombre fue un relámpago en el tiempo. Acabada la cual, el gallo, dirigiendo su pico hacia el micrófono, arrojó al éter la única palabra que su garganta y la forma de su pico le habían concedido desde hacía milenios, un kikiriki que venía desde el fondo de los tiempos pasando por Biblias y Coranes, un kikiriki que millones de hogares escucharon como la esperada palabra del presidente.

Los edecanes sacaron sus sables y los guardaespaldas sus revólveres, pero el gallo ya había saltado la tapia que daba a la casa del vecino y nunca pudieron dar con él. El general se volvió airado hacia sus coches mientras el locutor, aterrado, hablaba de desperfectos técnicos y el canto del gallo abandonaba el ámbito provincial y con la velocidad de la luz ganaba los espacios.

Cuando el presidente abandonó el aeropuerto en su avión particular, el canto del gallo ya había abandonado la Tierra y tras rozar la Luna se dirigía hacia otros rumbos. Y el general no había llegado todavía a Buenos Aires cuando el kikiriki sabiamente modulado iba pasando junto a Júpiter coloso y poco después rozaba la octava luna de Saturno. Y esa noche no había acabado de dormirse el general cuando el canto del gallo estaba ya muy lejos de este rincón de la galaxia signado por el crimen y la muerte, en busca, en su condición de plegaria, de quien está dispuesto a escucharlo en otros mundos, pidiendo a quien sea salir de este degolladero.

(1989)



María Violín

Estos hombres venidos de lejos no solo habitaban en chozas miserables sino que, a la par, se hallaban obligados a sobrevivir, de repente, bajo otras costumbres extrañas separados de sus mujeres y de sus hilos, pasando meses y meses sin hacer el amor con nadie. Esta exclusión equivale a un empujón definitivo hacia la muerte del deseo y, cuando el deseo muere, también el cuerpo se siente ya dispuesto para dejarse morir.

(Tahar Ben Jelloun)

Pitágoras descubrió las leyes matemáticas de los intervalos musicales valiéndose de un aparato de su invención que llamo monocordio. Este consistía en caja de resonancia sobre la que puso una cuerda tensa apoyada por sus extremos en dos caballetes. Dividiéndola, mediante otro caballete, en dos partes exactamente iguales, comprobó que el sonido producido por cada uno de los segmentos era la octava del sonido que daba la cuerda dejándola vibrar en libertad.

(De las clases del conservatorio)

Manuel el suramericano pasó el último invierno tocando la quena en una bohardilla de la plaza de Santa Bárbara rodeado de un Madrid lluvioso que no podía ver desde su cuarto que daba al patio oscuro con ropa colgada y goterones. Nunca un ciclo limpio ese invierno con algunas nieves, y justo frente a su ventana aquella otra con hollín y cerrada desde siempre, unida a la suya por las cuerdas del tendedero, con gotas resbalando y la quena suena que te suena todas las tardes al final del trabajo, notas y gotas para ir llenando el tiempo en Madrid con veinte años por delante hasta que aclare allá en el Cono Sur, Madrid bohardilla y lluvia, tuberías herrumbradas y tejas de dos siglos, goterones por todas partes y arriba a veces, cuando escampa, un cuadrado de cielo del Greco, ceniciento.

El resto de tu vida, cabezón. Te lo dije cuando subiste al barco. Y nada de me moriré en Madrid con aguacero, Vallejo es de otro tiempo y otra sensibilidad. Al fin y al cabo te lo estás pasando bien en tu bohardilla de hombre solo, con tu quena, tu mate, los discos de la negra Sosa y tu trabajo de fotógrafo, le gustaba decirse a sí mismo ahora que era otro.

Ese primer invierno, tocando la quena que le enviaron por correo con aires de quena india hecha con hueso de mujer amada, así es la verdadera, dicen, mirando aquella ventana cerrada y la cuerda de la ropa por donde ruedan las gotas para caer sin ruido justo al borde de la ventana de Manuel toca que te toca, o dando vueltas por la bohardilla con las manos a la espalda y sin mujer, como Pavese sin amor ni aguacero cuando la muerte muy blanca fue a buscarlo en aquel sombrío hotel de Roma.

Cuidado con lo de Pavese, es demasiado drástico y muy poco latinoamericano, le decía a Manuel, como quien canturrea, el otro que era cuando se paseaba como exiliado de sí mismo por un Madrid fantasma o humo, Cibeles humo y Puerta de Alcalá humo solamente, o por los tres menos infinitos de la bohardilla en Santa Bárbara, noches sin cuerpo y solamente goterones en

la cuerda deslizándose en la pendiente como diminutos animales transparentes, que al rozar cristales de su ventana caían sin forma ya, dejar de ser lluvia, para sepultarse entre las cáscaras de naranja del patiecito con ropa y zapatos y juguetes muertos cuatro pisos abajo, entre el esqueleto en que se convierte la lluvia cuando cae en los patios estrechos y se arrastra hasta los sumideros, en la tarde gris de tango, senza mamma e senza amore, y pensando en qué hará a esta hora mi andina y dulce Rita de junco y Capulli, sueños mezclados al alcohol.

En función de monocordio una prenda íntima de tela transparente apareció una mañana tendida a secar en el centro de la cuerda. El hollín de la ventana de enfrente había desaparecido, dejando ver unos visillos que difuminaban entre veladuras la figura alta y móvil de la mujer a la que pertenecía. Hembra como caída del cielo, imaginó Manuel, durante toda una noche descendiendo y ahora estaba allí, recién amanecida, junto al fuego cuyas llamas se proyectaban, con la imagen de ella, contra el frío límpido del vidrio.

El portal plateresco del edificio histórico en vías de derrumbe que estaba copiando para el ABC aparecía poco a poco en el líquido revelador aunque los ojos fascinados de Manuel viesan surgir la desnudez de la mujer sugerida por la prenda tendida en el centro de la cuerda pitagórica, dividiéndola en dos octavas justas, señales femeninas que temblaban en el líquido, sus largos cabellos flotando en drogas químicas, la paciente armonía zoológica de aquella arquitectura del amor sobrepuesta a la imagen del portal.

Y la fascinación erótica en la noche fría fría, dando vueltas en la cama solo solo. Manuel camina por sus sueños llevando un tablón cortazariano que mira su ventana con la otra, en perfecto equilibrio se desliza, tiritando de frío encuentra el cuerpo de la mujer que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo del Greco, penetra en él como quien atraviesa una nube, y más allá del cuerpo llueve sobre las secas mesetas del Altiplano andino, croan los sapos agraciados y él mismo croa introduciendo un sonido en el sueño silencioso.

Manuel aguanta el frío mañanero asomado a la ventana a la espera de la aparición corpórea de la mujer de sombra que durante la noche compartió la soledad de su cuerpo, con ánimos de incorporar su realidad a lo soñado; el tablón intangible está presente en la doble cuerda del tendedero, en su centro la prenda ya escarchada parece de papel.

Ella abre su ventana y aparece blanca, entera, limpia, como un inmenso signo del deseo. Mira a al hombre y al monocordio, tira de la cuerda para recogerlo pero están grabadas las roldanas. Manuel las destraba con un tirón y ella hace un gesto que enseguida es un principio de sonrisa, él empuja la cuerda y ella la recoge, el monocordio abandona con temblores rígidos el centro del tendedero, a los dos tercios de la distancia hay un acorde perfecto de ella y de Manuel, la prenda va rompiendo gotas frías, el deseo del hombre la ve como una mariposa en vuelo, y cuando ya está al alcance de las manos de la hembra que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo él da sin querer un tirón en sentido contrario y la mariposa desanda su camino está viajando hacia la ventana de Manuel cuando él dice que todo eso es por culpa de la helada y ella responde algo en una lengua extranjera que el suramericano no comprende, ahora sí dice Manuel dando un golpe a la roldana y ella recoge la mariposa de tela transparente tratando de explicar algo o dar las gracias, pero lo que dice suena a distancias que él no alcanza a percibir, ella está por cerrar la ventana mientras el corazón de él hace glo glo como los sapos bajo la lluvia generosos del Altiplano seco.

-¿Love, love? -dice Manuel.

-No, no -dice, moviéndose, la cabellera larga y lacia de la mujer.

-¿Amore amore? ¿Lieben lieben? ¿Amour?

-Nada, nada -responden sus manos cerrando la ventana.

¿Qué pasillo dará su bohardilla? Hay por lo menos cuatro en cada uno y además distintas escaleras. ¿Escalera derecha, pasillo dos, puerta uno?, preguntan los dedos y la boca de Manuel. Ella sonríe y dice la única palabra es-pañola que conoce, un gracias transpirenaico salpicado de nieves y paisajes ignorados, cada vez que le ayuda a re-coger la ropa. Y es tan difícil el acceso que él piensa seriamente en pasar a la realidad el tablón del sueño y colocarlo entre las dos ventanas, son menos de tres metros (y cuatro pisos hacia abajo), apenas un salto, un par de apoyos y estaría junto a ella.

Una noche recordó que las luciérnagas, para buscar un amor, se hacen señas de luces. Prendió y apagó la suya varias veces, a la espera de que la ventana iluminada de la mujer, contra la que ella estaba apoyada, le respondiese. Pero el rectángulo de vidrios era una pura quietud reiterativa. Seguramente ella no comprendía ese lenguaje, acaso ni siquiera conociese a las luciérnagas, viniendo como venía de un país de nieves permanentes. Apagó definitivamente su luz, y el tiempo, mezclándose con la oscuridad, penetró en su memoria llevando palabras de Pavese, verra la morte e avra tuoi occhi, porque si no había amor podía venir lo otro, la señora muy blanca, muy más que la nieve fría.

Para espantarla recurrió a la quena. Un largo sonido del Altiplano retumbó de cumbre en cumbre andina en su memoria, y aquí en Madrid de ventana en ventana por el edificio frente a la plaza de Santa Bárbara, el sonido del ay de los collas, un mi larguísimo que era también una pregunta, un ¿y? que vuela sin necesidad de ser luciérnaga, un ¿y? tan solitario que en el silencio que le guió podrían haberse oído los pasos de la muerte me anda buscando, junto a ti vida sería.

Pero en eso desde la otra ventana, que se encendió, venía en timbre de flauta dulce la chispa de la luciérnaga, sonido compañero, un sol diciendo te echaré cordón de seda, luego la quena do y enseguida la flauta dulce mi, primera inversión de acorde perfecto equiparable a decir amor mío, para que subas arriba, la dama fría muy más que la muerte se va, y si el hilo no alcanzare mis trenzas añadiría, y el corazón de Manuel que se desata en un solo de percusión recuperativa.

En el largo silencio que sigue alzan sus instrumentos para mostrárselos, pero en realidad están mirando sus cuerpos, con una concentración animal, hasta hacerlos temblar. Cuando esta comunicación se vuelve casi intolerable, la mujer sopla otra vez su flauta, echa a rodar un re alto y blanco como ella, que penetra hasta el corazón del hombre con el propósito de normalizar su percusión, objetivo que alcanza inmediatamente porque los cuellos han sido pensados para la música, son instrumentos vivos.

Acabada su emisión, ella se echa hacia atrás para ofrecer más superficie acústica a la repuesta sonora de Manuel, y cuando la consonancia de la quena se estremece, apaga la luz y se pierde

entre muebles pulidos por el tiempo. El hombre también apaga su luciérnaga y se echa en la cama para posar en el encuentro, que ya existe en alguna parte; luego vuelca en el sueño, como si fuera de la misma sustancia, la realidad que acaba de alumbrarse.

Manuel salta de la cama cuando oye chirriar las roldanas del tendedero. Ella cuelga un pañuelo y hace correr la cuerda, él mira el sol y pestañea, hermoso día dice y la extranjera responde algo en otra lengua.

Me gustó tu flauta, mucho, y ella cuelga una servilleta, sonrío arrugando su nariz helada cuando sujeta con pinzas su mínimo monocordio transparente, que con el resto de la ropa avanza hacia la ventana del suramericano, que dice ahora tenemos un lenguaje, ¿no?, lo dice estúpidamente con palabras, ahora podemos entendernos, ¿ves?, mientras ella cuelga una sábana pequeña con mucho cric de las roldanas gemelas, farfulla algo en su lengua traída de las nieves, a lo que él responde con el glo glo de los sapos de su tierra cuando están en trance de lluvia; ella cuelga medias blancas, corre la cuerda y ahora el monocordio está casi contra la ventana de Manuel, que estira las manos para acariciarlo, ella ríe y se esconde y enseguida aparece flauta en mano, podríamos charlar un poco parece que le dice, y él que toma su quena sin dejar de mirarla, pensando el nombre exótico que tenga la extranjera, no encuentra ninguno que se le parezca.

Mirando al hombre con astucia animal, toca y se menea como queriendo que su cuerpo también sea sonido, le dice a Manuel de dónde es, le cuenta cosas sonoras de su país remoto, pero él con su despiste geográfico no puede comprender, apenas advertir que en aquel país hay mucha nieve. Entonces deja de tocar y viendo que el suramericano no ha comprendido nada hace un gesto como diciendo mira qué tonto eres y lo invita a hablar. Manuel toca un aire del Altiplano y ella entiende, se pone un sombrero y baila como las cholitas, sí, de por ahí cerca ha dicho él. La mujer vuelve a tocar melodías de su tierra, Manuel se despista entre algo nórdico y eslavo sin darle importancia a la imprecisión, total ya sabe que cayó del cielo. Con la quena señala hacia abajo y en dirección a la calle, nos vemos ya mismo en el portal quiere decir. La flauta señala también hacia abajo pero en otra dirección, allá te espero vida mía. Deja la flauta y se peina ante Manuel como si él fuese su espejo, él deja la quena y termina de vestirse con cuidados de primera cita. La extranjera ha salido ya y él baja la escalera de madera como cayendo por una cascada, pero realmente lo hace por los cabellos de ella, según van por ahí sus pensamientos.

En el portal la mujer se desdobra para ser más cuando él aparezca. Mientras su deseo mira hacia una de las escaleras posibles, ella observa la otra procurando oír los pasos de Manuel que no llegan todavía. El deseo, viendo que el hombre no aparece, sale a la calle y mira junto al viento hacia un remota cordillera ultramarina. Al tiempo que ella es una estatua apoyada contra el mareo de la puerta esperando la caída de la fruta, el deseo está oyendo quenitas en la cordillera pero ahí tampoco está Manuel. La mujer trata de oír sus pasos por las escaleras, mientras Manuel entra y sale de un portal buscándola por dentro y fuera, pero no hay nada de allá, sólo portal vacío y calle con olor a castañas asadas, justo cuando el deseo de la mujer nórdica tiembla en la cordillera cerca de la nieve que le recuerda a su país, ni quena ni Manuel, que por ahí ve pasar a Pavese junto al portal, camino de la muerte que tendrá sus ojos, yendo para la calle en donde su amor vivía, seguido por la señora blanca muy más que la nieve, que al

vera Manuel solo se detiene y lo mira, y al mirarlo empieza a caer una llovizna, únicamente en ese portal, el resto de la calle brilla bajo el sol, mientras la niña del monocordio no puede explicarse por qué el suramericano no ha llegado todavía.

Se trata de un error, no fue una cita, el lenguaje musical suele ser limitado en estos casos, piensa ella; pero entonces por qué, dice Manuel en el portal, si estaba claro que nos encontraríamos aquí abajo, mientras ella mira su reloj, casi media hora, desencantada llama a su deseo, que baja del Altiplano y se junta otra vez con el cuerpo de la niña, van subiendo tristísimos la escalera crujiente, cuando Manuel ve en su reloj que la hora ya es cumplida, no sé por qué esperé hasta ahora, dice justo cuando ve que la señora muy blanca cruza la calle hacia su portal precedida por una lluvia que solamente pertenece a allá, que alza una mano diciéndole que se detenga, él alcanza a cerrar la puerta en el momento en que la señora empieza a salpicarlo con su lluvia. Llega a su cuarto sintiendo que nadie está entrando allí, que él ya no existe. La muerte me anda buscando, junto a ti vida sería, pero la ventana de la niña parece muy lejana.

Hacia las celosías cerradas apunta con su quena, suelta un mi que se humilla para reconciliarse y perdonar, esperando el sol para el acorde. La nota de la quena atraviesa limpiamente los cristales y se pone a girar alrededor de la mujer, recorriéndola como un objeto acústico. Ella toma la flauta y cuando su deseo está por responder con el so-nido que formará el acorde perfecto, le arrebatada el impulso y emite un fa que ya se sabe, va a unirse al mi en un encuentro áspero que quiere decir no a todo. Manuel comprende la agresión y guarda la quena resignado.

La guarda justo en el momento en que advierte que entre las paredes del edificio al que pertenece la bohardilla de él y las que rodean la ventana de ella hay una diferencia de texturas muy notoria a pesar de la intemperie de dos siglos. Pero entonces, dice, su bohardilla pertenece a otro edificio, casas pegadas con un patio común, cómo no me di cuenta, significa que su portal no es el mío, que está en cualquier otra calle de la manzana. Campoamor, Santa Teresa, Fernando VI y Hortaleza, los nombres de las calles zumban en Manuel, bajando con él las escaleras.

Ultramarinos, nada que ver. Verdulería. Librería. Academia. Pescados. La trasnochada carbonería y junto a ella una entrada que podría ser

la suya. Aquella puerta es igualmente sospechosa. Por esta calle casi nada. Esta otra parece más propicia. Anotar ese número. Otra librería, nuevamente la calle Hortaleza y enseguida su portal, primer reconocimiento concluido, piensa Manuel ante su chato en El figón de Juanita.

Ella ha comprado un canario enjaulado que cuelga al lado de su ventana, que deja de cantar cuando Manuel toca la quena. No puede ver al hombre, que está siempre a contraluz, por eso cuando calla para oír su música mueve la cabeza en búsqueda visual del origen del sonido. Parece que no conoce el timbre del instrumento y cree que se trata de otro pájaro, de rarísimo cantar.

Manuel razona que las notas con que llama a la mujer pidiéndole que se asome van más allá de la bohardilla de allá, después de llenarla bajan por la escalera, con su melancolía indígena

por ese hueco que es un tubo acústico van ro-dando, hasta llegar al portal desconocido, sabe Dios en qué calle.

Llama al pintor chileno que vive en la calle de Lequerica y le pide que dé una vuelta a la manzana procurando oír una quena saliendo por un portal. Tú estás loco o eres tonto, dice el pintor y luego recorre las cuatro calles, una quena en Madrid qué disparate, piensa tendiendo el oído, todo lo que alcanza a percibir es un disco de Frank Zappa y se lo dice, es una lástima comenta Manuel mientras ve que ella se asoma a la ventana para recoger a su canario, mira a Manuel pero no sonríe como siempre, enseguida apaga la luz y se acabó.

Sombras chinescas en la pared cuando ella se asoma por las noches para entrar el pájaro, ridículo Manuel proyectando sombras con las manos, un ciervo un perro un conejito una golondrina que vuela y ella nada: cierra su ventana.

El juego de hoy es llenar los vidrios con postales antiguas, láminas japonesas y claveles colgados en la cuerda que se marchitan junto a la ventana indiferente sin que ella alcance a verlos. El canario mira todo sin comprender, a veces se acuerda del pájaro extranjero que hace mucho que no canta.

Otro argumento: copiar las desmesuras que trajo de su tierra en negativos. Grandes bandejas nuevas para revelar copias enormes, colgarlas en la cuerda, y allá van bamboleantes, prendidos con pinzas, los ríos tumultuosos que bajan de la cordillera, selvas escandalosas que ella nunca hubiera imaginado, vicuñas y guanacos ondulando por la cuerda, y ella nada.

El paso siguiente es comprar sombreros antiguos en el Rastro. Cada vez que ella guarda o saca la jaula, Manuel aparece con un sombrero distinto, complementado con bigotes y pelucas que no siempre corresponden. Los hay verdes y amarillos, altos y con plumas; capotas y chambergos, capirotos y chichoneras, gorros catalanes y un sombrero de tres picos, mientras los primeros soles claros van dando a la mujer el aspecto de uvas que maduran. Hasta que uno de su invención, muy disparatado, con plumas de avestruz y mariposas de papel colgantes, deshiela a la mujer que vino de las nieves, que sonríe como si lo hiciera por primera vez y dice algo en su idioma mostrando la punta de su lengua como un pez asomándose, se esconde y enseguida el canario y Manuel la ven reaparecer con un sombrero del Tirol o algo así y la flauta en la mano.

Pero el verdadero instrumento musical es ella, piensa Manuel. Para producir un sonido es necesario que el cuerpo elástico entre en vibración, que el equilibrio molecular se rompa, y para eso están los variados golpes de arco, las fricciones debidamente dosificadas en su justo ritmo.

Cuando las moléculas perturbadas traten de volver al reposo que tenían, lo sabios movimientos del arco se lo impedirán y entonces la cuerda vibrará libremente. Para que el sonido se produzca, recuerda Manuel de las clases del conservatorio, hace falta un canal, algo por donde pueda caminar; puede ser sólido, gaseoso o líquido, y él tiene a mano la cuerda de la ropa, velocidad del sonido 341 metros por segundo a 15 grados centígrados dicen tratados, qué bien vibra ella con esa temperatura por ser de tierras frías.

Unidos por la cuerda del tendedero, con la mariposa-monocordio a media escarchar y el centro, la mujer nórdica y Manuel son el instrumento y el ejecutante, lo único que falta es produ-

cir la música. Con mi quena, dice Manuel, te hago vibrar toda en libertad. Tu mariposa íntima divide la cuerda en dos segmentos exactamente iguales, y el sonido que produce es la octava del sonido de tu cuerpo. Si corremos la mariposa hacia los dos tercios de la cuerda y hacia tu ventana, tenemos un intervalo de quinta, y avanzando un poco más el de la cuarta, consonancias perfectas, gracias Pitágoras, estoy casi en sus brazos.

Cuando el curioso concierto se termina, la nórdica y Manuel estiran sus brazos para acortar distancias, los dedos en la punta del aire hecho cuerda, que no llegan a la nota justa, es terrible para un músico no alcanzar un sonido. El deseo de ella se apoya en una quena ausente, y Manuel siente que la quena duele, junta a ti vida sería. Hay palabras que ninguno de los dos comprende, gritos de la selva entrevista en las fotografías, ferocidad de jaguares y dulzuras de arrullos de palomas. ¿Portal, cita? Nada nada, dice Manuel; nada nada, dice ella: peligro de que aparezca esa señora de blanco muy más que la nieve andina. Si estás cerca de ella y llega esa señora, la niña nórdica podrá agregar sus trenzas a la cuerda para que subas arriba, y entonces la señora blanca de Pavese nada, y dueña del monocordio toda.

Si le damos un nombre, piensa Manuel, para poder tenerla, la extranjera dejará de caer del cielo y será de carne y hueso; nombre cualquiera claro y cotidiano, el primero que aparezca en la mente, María por ejemplo.

Con lo cual ya está posada. María, dice él, y ella suelta su pelo en la otra ventana sintiéndose nombrada. Alguien llama a la puerta de Manuel: la señora muy blanca. María, que la ha visto, abre los brazos y le dice a Manuel ven, en su lengua. La señora que pasea con Pavese sigue llamando, golpea a la puerta bajo el agua, ha inventado una lluvia para llevarse al suramericano, sólo llueve junto a la puerta de la bohardilla y Madrid es París con Vallejo y aguacero golpeando en la puerta de Manuel. Déjame vivir un día, dice el del Altiplano, y la señora nada nada. No es la lluvia deseada por los sapos de su aldea, es la que se llevó a Vallejo y ahora quiere hacer lo mismo con Manuel porque está solo. Entonces él comprende ahora muchas cosas, sabe quién ha confundido los portales, esta señora blanca tiene predilección por los suramericanos.

¿Viste anoche en la tele la peregrinación de las anguilas para copular? Hasta el mar de los Zargazos. Tremendo, ¿no? Bueno, ahí está la cuerda de la ropa. Las anguilas son equilibristas. Los ríos del norte por donde ascienden para hacer el amor están llenos de peligros, algunas muere en el intento, por supuesto. Sí, descalzo es mejor, hay que aligerar el peso; nunca se sabe hasta dónde puede aguantar la cuerda.

La quena, horizontalmente sostenida, es a la vez una ofrenda y la vara que el equilibrista necesita para no caer. Cuatro pisos abajo hay cáscaras de naranjas y zapatos rotos que Manuel no mire, tiene los ojos clavados en el aire que termina en María la nórdica, la mira con ojos de guanaco asustado arrastrando pies circenses sobre el trapecio, dos tercios consonancia perfecta, mientras ella apoya sus manos en la cuerda y siente latir el peso de Manuel, y allá la señora blanca resuelve romper la cerradura. María oye el tremendismo del aguacero en la bohardilla de Manuel y no respira, ve que su mariposa de tela transparente obstaculiza el paso y no respira, imposible que el equilibrista pueda levantar un pie para esquivarla, eso significaría cáscaras de naranja y sangre en los zapatos allá abajo. Manuel ve el obstáculo del monocordio y no

respira, sus pies solitarios y desnudos se detienen ahí mismo mientras él oye el aguacero de la señora aquella.

La mujer que ha dejado de caer del cielo tira de la cuerda para traer al hombre detenido junto al monocordio, pero no puede, no tiene fuerzas, y todo está muy quieto mientras la lluvia se desparrama por Madrid. Ante esta evidente situación mortal, la mariposa escarchada se pliega en dos y mueve sus partes como alas. Manuel, desde su posición, la ve volar sobre tejas de dos siglos, dejando la cuerda libre. Los ojos de María no pueden ver el vuelo inesperado de su prenda, están muy fijos en los de Manuel que llega con su quena, que cae como una fruta dentro de su cuarto, mientras la lluvia de la señora blanca cesa y en su lejana tumba monocordio Pitágoras sonríe.

Con palabras improvisadas, tienen una comunicación perfecta. Ip iP, dice Manuel. Rup rup, responde ella, y se miran hasta adentro, donde hay ríos que remontan las anguilas.

Los postigos de la ventana han sido cuidadosamente cerrados, aislando al canario. Solar mote los está mirando el fuego desde la chimenea. Cuando se acaban las palabras, llegan los sonidos. Una cuerda y un arco. María Violín y Manuel Arco junto al fuego rompiendo el equilibrio molecular, que para eso están los impulsos, las fricciones de tiempo justo. Manuel Quena perturba el silencio de María Violín con ritmos limpios, y cuando las moléculas, por aquello de la inercia, quieren volver al repose, se lo impide la vibración libre de la cuerda, que busca otro, el de los cuerpos, para que de él brote la música.

Justo cuando la mariposa de tela reaparece. Sólo el canario la ve volver, el pájaro está viendo a contraluz la que la mariposa aparece volando sobre el tejado y luego, cuidadosa de su estructura, se posa otra vez, apenas escarchada, sobre la cuerda pitagórica. (*)

(*) Fuente: Daniel Moyano, Un silencio de corchea, Ediciones KRK, Oviedo, 1999.



Mi tío sonreía en navidad

Qué pasa, decía siempre mi tío ante alguna situación que podía alterar el transcurrir de aquellos días idénticos, y la respuesta, de mi tía o de alguno de nosotros, era una serie de palabras fluctuantes que no aclaraban nada y más bien parecían prolongar el hecho. Entonces él replicaba con un gesto de su cara, generalmente oblicuo, como si con eso aceptase la irrupción de un nuevo suceso en su vida resignada de antemano.

Las cosas que pasaban, relacionadas a veces con sus muchos hijos, rozaban siempre la integridad física, procuraban alterar la vida, caían de las nubes, reptaban en los zanjones, bordeaban la muerte en sus variadas correspondencias. Y como las cosas nunca llegaban a ese extremo, él podía decir qué pasa, no como pregunta, sino como resignación.

Siempre que despertaba de su breve siesta para volver a la fábrica de cemento tenía que decir qué pasa. Cuando se adormilaba, después de comer, posando su figura inclinada sobre una mesa punitiva, los niños se iban hacia la siesta de los baldíos próximos, donde existían las caídas y las mutilaciones. De noche, en cambio, cuando ellos dormían desparramados en la única cama, eran los propios territorios de los baldíos los que acudían por sí mismos a los cuerpos de los niños, en la súbita fiebre, en el paso acelerado de los más grandes procurando auxilio en la noche para buscar ayuda ante hechos que arrancaban un nuevo qué pasa a mi tío, de esos que nunca tuvieron respuesta o explicación. Porque nosotros nunca entendimos ni supimos nada por aquellos años: para qué estaba la fábrica, por qué había peleas al repartir la comida, por qué mi tía lloraba encerrada en su pieza.

El fue siempre grande y viejo. Tomaba mate acostado, en la mañana oscura y en la siesta, antes de que sonara la sirena de la fábrica. Sostenía el mate penosamente; sus dedos, gordos de cemento y muy cuarteados, no le permitían formar la curva necesaria para asirlo normalmente. Lo sostenía como se podría sostener una lastimadura, si ello es posible. Después se iba a hombrear bolsas en los patios hectáreas de la fábrica sin decir hasta luego ni hola al regresar, siempre con esa mirada oblicua cuando trataba de entender las cosas y ese paso inclinado cuando regresaba, siempre con la única expresión verbal monótona que lo salvaba del silencio.

Sin embargo, hubo una variante, al menos en el tono de su voz, que una vez observó mi tía. Fue cuando los doctores y las enfermeras le salvaron uno de los hijos agitando guardapolvos y algodones blancos, jeringas transparentes, pares de botellitas y automóviles que partían apurados. El no pudo ir al hospital porque la sirena estaba por sonar, y esa tarde, cuando volvimos, nos preguntó qué pasa de una manera distinta que no entendimos porque estábamos apurados, pero mi tía dijo más tarde: ¿Vieron que el tío está cada día más ronco?

Ella parecía amarlo, aunque nunca mereciese una respuesta de él cuando le preguntaba algo. Lo acompañaba todas las mañanas hasta la puerta, y allí lo esperaba cuando regresaba. Entonces él solía mirarla rápidamente mientras ubicaba su cuerpo en el espacio de la puerta que ella dejaba libre para que entrara. Entendí eso de la ronquera años después, cuando aumentó. Era el polvo del cemento que tragaba en la fábrica, que le iba deformando la voz, y así parecía

que decía las palabras con una garganta al aire libre, como tomaba el mate con las manos suicidantes..

El cuerpo se le fue yendo poco a poco en la fábrica, aunque no las partes fundamentales. Finalmente la fábrica nos lo devolvió y él quedó caminando todavía, aunque muy vulnerado. Caminaba inclinado en círculos interminables, en el fondo de la casa, como si estuviese postrado. Y como entonces las cosas se pusieron más ariscas para nosotros, él tuvo que repetir muchas veces su expresión única indagatoria ante el ruido estéril de las tapas de las ollas mecidas por el viento, la cesación del azúcar, la periodicidad de la leche, antes cotidiana; también ante los encierros repentinos de mi tía en su pieza, donde algún bicho dañino le picaba los ojos hasta abultárselos y crisparle las manos, que se tomaban entre sí como queriendo decir algo. Hubo nuevos revuelos de ropa tan blanca, automóviles furtivos y noches de mirarse las caras levantados. Pero todo anduvo bien porque los años evidentemente pasaron, y con ellos la imprescindibilidad de la leche y aun de mi propio tío, que tuvo que entregar finalmente los órganos que le había dejado la fábrica.

Mi tía de noche teje para afuera, porque algunos de los chicos no crecieron todavía lo suficiente. En esta ciudad, donde nunca hay viento, cualquier ruido nocturno la altera. Las pocas veces que sopla una brisa refrescante ella alza los ojos, me mira y pregunta: ¿qué pasa?

No respondo. Ella entonces vuelve a contarme, como si yo no lo supiera, cómo era el tío. Era bueno, dice; y una vez sonrió, lo puedo asegurar. Era un día de fiesta. Creo que Navidad. Ustedes dormían en el patio y nosotros estábamos despiertos todavía, tomando clericó. El se puso a contarlos uno por uno, señalándolos con un dedo, y dijo que después de todo estaban casi criados, que después de todo estaban todos vivos. Yo le vi la cara. Fue una sonrisa muy corta, pero una verdadera sonrisa. Y qué hermoso, Dios mío, parecía tu tío aquella noche.



Una guitarra para Julián

Cuando Julián cantaba, todo parecía volverse hermoso en nuestras casas feas y tristes. Aparecía en cualquier momento, generalmente cuando uno lo esperaba, y se ponía a cantar. No tenía guitarra ni nada para acompañarse, pero cualquier cosa hubiera sobrado a su voz.

Por aquellos tiempos y en estas latitudes estábamos un poco cansados de hablar y de oír. Las palabras, aún las más importantes, habían ido perdiendo poco a poco su encanto y eran como sueños repetidos. Se parecía un poco a las muchachas a quienes la persistencia de la pobreza les había entristecido los ojos y las turgencias; y aunque aún eran bellas bajo la tristeza, ni ellas ni nosotros podíamos percibir el resplandor de su hermosura. Buscando leña para el horno de pan en montes cada vez más lejanos, marchaban anémicas al lado de sus sombras florecientes desparramando el sacrificio de toda esa gente abrumada por esperanzas envejecidas.

Los viejos vecinos, cansados de sí mismos y de un mundo inmodificable, habían dejado de saludarse y de cambiar las frases que algunas veces les sirvieron para sentirse habitantes del mismo universo. En cambio apenas sonreían ante el convencimiento compartido en la certeza de que casi todo era inútil, dejada por la persistencia de los años duros, los inviernos cada vez más largos, el pan calculado y el improrrogable desgaste de los zapatos. Cuando se decidían a hablar, en momentos muy especiales como fiestas patrias o en las navidades, narraban lo obvio, la imposibilidad de decir buenos días, de interesarse por la salud, alegrarse por los nacimientos o entristecerse por las muertes. Todo era recibido con un mutismo que venía de las ciudades remotas, de grandes edificios donde hombres abstractos y silenciosos también, habían determinado todo eso, según se sospechaba. Ya no eran necesarias las palabras aunque todavía se hablase. Algunos opinaban que no había tal mutismo y que en realidad se hablaba mucho más que antes, nada más que las palabras no tenían sentido.

En algún momento apareció o fue apareciendo Julián. Acababa de dejar la adolescencia dolorosa y estaba entrando en el mundo de los otros. Llegaba de pronto a una casa, en la noche, cuando la gente se congregaba en silencio alrededor de una mesa o de un recuerdo, y cantaba. Eran viejas canciones oídas en la infancia y casi olvidadas. Parecían canciones tontas, con madreselvas que trepaban por las paredes, patios con glicinas y casas rodeadas por vuelos de palomas. Pero no eran las canciones las que comenzaban a destruir la postrada resignación de la gente, sino el temblor de la voz de Julián, resonando en las noches en el pequeño espacio parecido a un valle en donde se agrupaban las casas de estas vecindades en aquellos tiempos y en estos suburbios del país.

Fue así que para nosotros que estábamos aquí y que habíamos perdido la alegría, ésta fue recuperada en la voz de Julián. Y por añadidura comenzaron a pertenecernos los objetos mencionados en las canciones, guitarras y senderos, barcos y montañas, no como cosas impuestas, sino presentidas simplemente por los deseos más íntimos de cada uno.

Las jóvenes adolescentes comenzaron a amar, y entonces nada pareció tortuoso sino un natural deslumbramiento. La alegría se volvía visible especialmente en el rostro de los ancianos, que declararon sin robos y sin temor a las palabras el error de sus vidas. “Lo que pasa es que no sabíamos cantar”, decían creyendo que cantaban, porque en realidad nadie cantaba, todos

estaban escuchando a Julián, que no sólo era el dueño de la voz, sino que la compartía de tal modo que todos creíamos estar cantando con él.

Pero alguno de nosotros reveló el pequeño secreto de nuestra felicidad, y de las grandes ciudades llegaron enormes funcionarios que ver qué pasaba con la voz de Julián y lo que ella significaba. Las cabras de las sierras próximas se quedaron inmóviles levantando las orejas para escuchar la rotura de nuestro sosiego. Mientras algunos se alegraban por la llegada de los intrusos, otros decían que no había motivo para temer y que los hombres, al oír a Julián, le regalaría una guitarra de diez cuerdas y lo mandarían becado a Buenos Aires; y otros, finalmente, temblaban adormecidos por el miedo.

En pocas horas Julián había dejado de cantar y poco después él mismo había desaparecido, sin que nadie supiese qué pasaba. Entonces volvió la tristeza que siempre había estado allí apenas contenida por las canciones; los ancianos alzaron sus manos y cubrieron sus rostros resignados y avergonzados, y las adolescentes en flor enmudecieron dentro de sus vestidos amarillentos, volvieron al río en donde en invierno o en verano lavaban arrodilladas la incertidumbre de los pañales y la irremediabilidad de los mamelucos.

De pronto hemos vuelto a las palabras y nos reprochamos haber creído en algo tan frágil como la voz de Julián. Decimos que obviamente la alegría desapareció de este valle, pero sospechamos que la alegría era un simple figuración melódica de Julián; y hemos vuelto a nuestras viejas esperanzas, que de tan viejas se convirtieron en costumbres. Las palabras han aumentado nuestro sentido crítico, y decimos que si Julián volviese, si lo devolvieran aquellos hombres invisibles que lo silenciaron, no sería lo mismo porque ya no tenemos la capacidad de alegrarnos con el canto. Y todo esto parece cierto porque los hechos cotidianos nos impiden creer lo contrario.

Como muchas otras cosas Julián ahora está en el pasado. Quizás sea un recuerdo, quizás una palabra. Pero en el caso de que sea una palabra nadie se atreverá a pronunciarla por el temor de que las cabras se inmovilicen en las sierras y alcen sus orejas medrosas ante la posible proximidad de los hombres invisibles.